

AVENTURAS DE UN INGLÉS EN CHILE
GUILLERMO WATKINS, 1838-1880

COMO ES BIEN SABIDO, EL VALPARAÍSO de mediados del siglo XIX fue uno de los puertos más importantes de América, y el más importante de Chile, hasta la apertura del Canal de Panamá. Puerto de extranjeros, sobre todo ingleses, quienes le dieron un aspecto moderno a la ciudad, educaron a grandes personalidades y sobre todo los que le dieron un gran auge económico a este puerto y a Chile en general, pues su actividad no se redujo sólo a Valparaíso.

Fue a este mundo de comerciantes, mineros, educadores, mundo de extranjeros a donde llegara en 1838 Guillermo Watkins, hijo de una familia londinense relacionada con actividades en astilleros y quien nos dejara su interesante diario de viaje por las provincias del centro y sur de Chile.

Watkins llegó a Chile por razones que se desconocen. Su estancia en Valparaíso estuvo llena de altibajos. Hombre metódico y sabio, gustaba acostarse temprano para levantarse, al alba. Sus pasatiempos fueron pocos, ir al club y jugar billar, cuando sus obligaciones y su salud se lo permitían. Acostumbraba ir algunos fines de semana a Quillota, cuyo clima le hacía muy bien para su quebrantada salud: "El domingo pasado por la mañana partí con Laurel para Quillota, era un día de invierno chileno, esto es frío y nuboso, pero yo no había alcanzado a estar doce horas fuera de Valparaíso cuando ya había encontrado el efecto renovador del aire de campo y ejercicio para mi salud y espíritu"¹. Pero este hombre de temperamento sensible, solitario, no se dejaría abatir y lucharía contra esa "monotonía ambiental de Chile"².

Fue en uno de estos viajes donde conoció a su esposa, doña Juana Pizarro, con la cual tendría seis hijos, cuatro mujeres y dos hombres.

¹ *Diario*, 27 de junio de 1852, pág. 49.

² *Diario*, 6 de junio de 1844, pág. 3.

Watkins se entretenía en leer a Homero en las vacaciones, preparar apuntes sobre gramática latina, francesa, italiana y castellana. Sobre todo, tenía gran preocupación por el griego y el idioma alemán. Pero sus inclinaciones intelectuales no se limitaban sólo a las lenguas, sino que estudiaba álgebra. Su intención era hacer una recopilación de textos de álgebra en español.

Pero sus actividades intelectuales no eran un mero interés personal, sino que tendrían una aplicación práctica. Watkins fundaría el año 1839, en Valparaíso, el colegio llamado *Seminario Inglés*.

I. WATKINS EN VALPARAÍSO

Desde el año de la fundación del colegio hasta el año de su clausura en 1852, Watkins estuvo ocupado de la dirección y organización de ese instituto. Situado en la calle llamada del Seminario, el establecimiento limitaba "en el norte con la calle pública y mide 20,6 y 3/4 varas, por el sur linda con el estero, por el este linda con calle abierta que va hasta el cerro, por el oeste linda con terrenos de don Antonio Pedregal..."³. Fue allí donde Watkins lucharía contra la "apatía" de los chilenos, donde prepararía las materias y donde se enfrentaría con los problemas diariamente, como la contratación de profesores, que lo mantuvieron en constante preocupación.

El Seminario, sólo para varones, se regía por un sistema muy especial, distinto al tradicional de la época. Se dividían sus estudios en cuatro clases. Comenzando por la cuarta, el alumno pasaría a las otras, sólo de acuerdo a su progreso. El programa de estudios era el siguiente: en cuarta clase: inglés, escritura, geografía, castellano y aritmética elemental. En la tercera clase: inglés, francés, castellano, caligrafía, geografía y aritmética comercial. En la segunda clase: inglés, aritmética científica, comercio, geografía, caligrafía, francés y castellano. En la primera clase: idiomas clásicos, literatura inglesa, cosmografía y el uso de los globos, ramos que eran enseñados personalmente por don Guillermo Watkins. Además de estos ramos, impartidos personalmente por él, en la primera clase se enseñaba caligrafía, contabilidad y teneduría de libros, idioma y literatura castellana, francesa y matemáticas, dibujo lineal y académico y música instrumental⁴. La instrucción reli-

³ Archivo Notarial de Valparaíso, vol. 102, p. 464 vta.

⁴ *El Mercurio*, Valparaíso, 13 de abril de 1850, p. 3.

giosa estuvo a cargo, algún tiempo, del presbítero Francisco de Paula Taforó.

El Seminario aceptaba en un principio sólo internos, pero en el año 1852 y por poco tiempo, por lo tanto, se aceptaron externos, impartíendoseles las mismas materias que a los internos, por el valor de 100 pesos al mes. Dentro de este precio se incluían los libros y los cuadernos que usarían en clase, pero que no podían ser sacados del Seminario y también se les daba una ligera colación a la una del día⁵. El horario escolar era desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. En cuanto al calendario escolar, éste parece haber sido en cuatro etapas anuales con 15 días de vacaciones entre cada período. El primero, de diciembre a mediados de marzo, el segundo de abril a mediados de junio, el tercero de julio a mediados de septiembre y el último desde octubre hasta mediados de diciembre.

El sistema de estudios era bastante estricto y completo. Pareciera ser, a juzgar por las materias que en ese se impartían, que estaba destinado a satisfacer los intereses y necesidades del grupo de negociantes de Valparaíso, principalmente los extranjeros; dado que en él se enseñaba comercio, castellano y lenguas extranjeras, que no era lo usual en la época. Tradicionalmente la enseñanza se orientaba hacia la filosofía, historia y leyes, es decir, se impartía principalmente educación humanística. Los alumnos del Seminario, al menos teóricamente, saldrían bien preparados en lo que a idiomas se refiere y con una cultura general que los prepararía para la vida de aquel Valparaíso de extranjeros y comerciantes.

Pero no todo fue alegría y éxito para Watkins. Constantemente tuvo problemas con los profesores, quienes en su mayoría venían del extranjero. "Las dificultades con los profesores —anotaba en 1849— están lejos de disminuir. El alemán partió para California la semana pasada dejándome solo con el irlandés como asistente. El profesor francés de dibujo también se fue sin dar ningún aviso, en realidad no hay ningún fin para los disgustos que sufro y que he sufrido desde el momento de construir este edificio"⁶. Así tendremos a un Watkins quejándose continuamente sobre sus profesores, porque no eran capaces, o porque no cumplían con los contratos, o porque simplemente desaparecían sin dar previo aviso. La nómina de profesores que pasó por

⁵ *El Mercurio*, Valparaíso, 27 de marzo de 1852, p. 3.

⁶ *Diario*, domingo 8 de julio de 1849.

el Seminario como resultado de estas dificultades fue larga: Mr. Jenkins, Stevenson, Hesse, Young, Hay, Linacre, Mattheus y Mr. Juan Kottinger, profesor de idiomas modernos y antiguos y subdirector del Seminario durante su permanencia.

Los problemas de Watkins no se limitaron a las dificultades con los profesores, sino que además se vio obligado a hacer publicaciones periódicas en la prensa para atraer más alumnos: "publiqué otro aviso que me ha traído unos pocos alumnos más"⁷. El colegio reunía anualmente unos 60 alumnos.

Hay que agregar, además, que Watkins se preocupaba personalmente de muchos asuntos del colegio. "Yo he estado muy ocupado distribuyendo libros a las clases, marcando sillas, algo muy útil de hacer"⁸.

Llegaría el año 1852 en que este hombre culto y estudioso que se había entregado por completo a la educación, decidiera cerrar el colegio, después de encontrarse con varias dificultades, pero también después de haber contribuido a la educación de los jóvenes chilenos. Los alumnos del Seminario pudieron ingresar al Liceo de Valparaíso a cargo de don José María Núñez. "El director del Seminario Inglés cesa desde hoy en su dirección trasladando al Liceo de Valparaíso sus alumnos, con acuerdo de sus respectivos padres y apoderados", anunciaba en 1852⁹.

Watkins terminaría abatido por los problemas y por las circunstancias históricas que le tocaron vivir: "El estado verdaderamente dudoso de los negocios en este país durante el año de 1851 —escribía en su diario— y el estado de mi propia salud me han hecho descuidar todas las antiguas posibilidades de estudio y me han hecho entregarme totalmente a esa indiferencia que desde niño ha sido mi ruina.

"La completa soledad en la que vivo realmente ahora debido a que el intercambio comercial que mantengo con gente de aquí no logra estimularme para hacer esfuerzos de ninguna especie, ha dañado mi propia independencia y ha sido la causa principal en mi determinación de cerrar el colegio y vivir como estoy viviendo en este momento"¹⁰.

⁷ *Diario*, 24 de febrero de 1849, p. 38.

⁸ *Diario*, 7 de junio de 1844, p. 5. Sobre estos aspectos consultar asimismo el *Proyecto del Seminario Inglés*, Imprenta el Mercurio, mayo 1847.

⁹ *El Mercurio*, Valparaíso, sábado 3 de abril de 1852, p. 3.

¹⁰ *Diario*, 31 de marzo de 1852, p. 43.

La actividad de Watkins en Valparaíso no se limitaba sólo al Seminario. Debido a las pocas facilidades bancarias existentes en aquella época, Watkins se dedicaba a prestar plata con un interés de 1 a 1,5% mensual, obteniendo así una gran suma que invertiría en minas de plata.

Habiendo fracasado en Valparaíso, Watkins no se dejaría vencer y buscaría fortuna y éxito en afanes muy distintos. Porque hay que agregar que además de ser culto y sabio tenía un agudo ojo para los negocios. Cerrando el Seminario decidió partir hacia Inglaterra, pero su viaje sólo duró hasta Caldera, puerto donde desembarcó, para establecerse meses más tarde definitivamente en Copiapó, donde se dedicó al negocio minero.

2. WATKINS EN COPIAPÓ

Watkins vivió en la casa número 177 de la calle O'Higgins en Copiapó¹¹. Pero nunca se alejó definitivamente de Valparaíso, puerto al que volvía periódicamente, pues sus negocios no le permitían lo contrario.

Su participación en el negocio minero en la región de Atacama comenzó cuando el 25 de junio de 1852 compraba a Andrés Blest, a Guillermo Grove y Andrés Towlin, cuatro barras de la mina Elisa Carolina situada en el mineral de Tres Puntas, por el valor de 2.000 pesos. "El vapor del 28 de junio —dice en su diario— me trajo el contrato por el cual me hago dueño de cuatro barras de la mina Elisa Carolina"¹². Si se tiene en cuenta que cada mina comprendía 24 barras, Watkins compraba así la sexta parte del mineral.

Pero no fue precisamente en el mineral de Tres Puntas donde Watkins centraría su atención, sino en Chañarcillo y Lomas Bayas.

a) *Chañarcillo*

Viviendo aún en Valparaíso, el 28 de febrero de 1853, Watkins compró a Mariano Frageiro minas en Chañarcillo: seis barras de la mina San Francisquito, seis en la Esperanza, doce en el Manto de Cobos y siete y medio en la Carlota. Compró además un fundo rural y un establecimiento de amalgamación denominado La Puerta, a la Com-

¹¹ *El Copiapino*, Dato que aparece desde el año 1864 hasta el año 1872.

¹² *Diario*, domingo 4 de julio de 1852, p. 50.

pañía Inglesa de Minas. En esta compra se hacía afianzar por Gregorio Ossa y Cerda. A su vez, Watkins tenía que hipotecar estas propiedades y su casa del Seminario Inglés, como una forma de responder a su acreedor. "El 12 de marzo del presente año don Guillermo Watkins vecino de Valparaíso otorgó en aquella ciudad por ante el escribano don Máximo Navarrete y en su registro una escritura por la cual declara que habiéndole afianzado de mancomún et insolidum don José Gregorio Ossa y Cerda un documento por la cantidad de 50.000 pesos a favor de don Mariano Frageiro valor en parte de pago de la compra que con fecha 28 de febrero del año actual hizo a dicho Frageiro de seis barras de la mina don Francisquito, seis en la Esperanza, doce en el Manto de Cobos, siete y media en la Carlota —situadas en Chañarcillo de este departamento y de un fundo rural y establecimiento de amalgamación denominada la Puerta, también en este departamento; si dicho don Gregorio Ossa y Cerda gastase en todo o parte la antedicha cantidad porque le ha afianzado, le da de su propia voluntad el derecho sobre las referidas propiedades que tendría el otorgante y le hace hipoteca especial y señaladamente con calidad de no poder enajenar el otorgante dichas propiedades en el todo o en parte, antes de satisfechos los tantos pesos afianzados que hubiese lustado el fiador, agregando por el derecho del lusto con derecho para subrogarle en todos sus derechos tomando posesión de los bienes adquiridos y con facultad de venderlos hasta tanto sea pagado del capital intereses del uno por ciento mensual y gastos de la cobranza e hipoteca en la misma forma anterior su casa situada en la calle del Seminario Inglés que es de su exclusiva propiedad y sin gravamen de ningún género, todos los demás bienes que pueda adquirir ya sea por herencia o de cualquier otro modo..."¹³.

El 7 de septiembre de 1855, Watkins, por escritura pública, quedaría libre de la hipoteca, habiendo pagado la suma total de la deuda a Ossa.

Pero Watkins no se mantuvo libre de la habilitación o avío en sus minas. La habilitación era una institución de suma importancia y muy frecuente en esta actividad económica. Institución que consistía en entregar especies, ya sea herramientas, alimentos e incluso dinero a algún minero de pocos recursos que requería de este préstamo. El minero debía devolver el préstamo en dinero o en metales cuando obtuviera ganancias en su trabajo. La ganancia del habilitador estaba en

¹³ Archivo Notarial de Valparaíso, vol. 80, foja 135 vta.

fijar el costo de las especies a un valor mayor del real. En el año 1858, Watkins establecía un contrato de avío con don Federico Asmussen, apoderado general de la casa de Comercio de Manuel Cortés y Compañía. Don Manuel Cortés se comprometía a "suministrar a don Guillermo Watkins lo que necesitaba en víveres, útiles y dinero para el fomento del trabajo de las partes de mina que posee en Chañarillo..."¹⁴. Por su parte Watkins se comprometía a proveer las expresadas minas únicamente por dicha casa aviadora. Si Watkins no pagara a su debido tiempo las deudas contraídas debería abonar el 1,5% de interés mensual hasta su cancelación. Si se deseaba terminar con el contrato debía avisarse con cuatro meses de anticipación. Watkins hubo de hipotecar las minas en cuestión hasta terminar de cancelar la deuda por el contrato de avío.

Watkins continuaría con problemas, esta vez en la hacienda La Puerta, no por problemas de explotación, sino por problemas con su administrador, Guillermo Tregua. Fue en 1862 cuando Watkins se vio obligado a dar en parte de pago todos los relaves del establecimiento al señor Tregua, por sueldos atrasados; éste trabajaba como administrador de la hacienda desde el año 1856. Watkins, además, vendía a Tregua: "las existencias de la Puerta que consisten en caballos, mulas, aparejos, carretones, un birlocho, pastos, azogue, herramientas y el servicio y muebles de la casa, menos los de la pieza ocupada por Watkins"¹⁵. Además arrendaba por cinco años, al mismo Tregua, la maquinaria y la hacienda de la Puerta por la suma de 3.000 pesos.

Si bien Watkins tuvo problemas en la administración de su hijuela en la hacienda La Puerta, ésta siguió perteneciéndole hasta por lo menos el año 1875¹⁶.

Es preciso agregar que Watkins no trabajaba solo en Chañarillo. La mina San Francisquito la trabajaba en sociedad con Andrés María Bustos, Julián y Francisco San Román, todos argentinos.

Así como el avío fue la institución más común en el negocio minero, las compañías fueron la forma más extendida de organización para la explotación de las minas. Estas dejaban de ser tan riesgosas, si se contaba con más capital, por lo tanto, con mayor número de socios.

Por falta de informaciones documentales fue imposible averiguar exactamente hasta qué fecha Watkins siguió siendo propietario de la

¹⁴ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 148, foja 159 vta.

¹⁵ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 148, foja 159 vta.

¹⁶ Archivo Judicial de Copiapó, legajo número 666.

mina Manto de Cobos¹⁷. En el año 1855 la mina San Francisquito, con 149 operarios, pertenecía a don Guillermo Watkins y compañía¹⁸.

Estado de las minas según operarios (promedio mensual)

años	1869	1870	1871	1872
Carlota	7,5	7,2	6,3	5,9
Esperanza	87,6	62,6	48,7	43,7
Manto de Cobos	20,6	21,2	13,7	14,6
San Francisquito	29,4	15	6,8	6,1 ¹⁹

b) *Lomas Bayas*

Lomas Bayas, en Atacama, "es uno de los principales minerales de plata del norte"²⁰.

Fueron varios los procedimientos que empleó Watkins para adquirir estos minerales. Procedimientos propios de esa actividad económica. El método más comúnmente usado fue por la compra de barras, es decir el sencillo procedimiento de compraventa de partes de minas.

La segunda manera de aumentar sus posesiones mineras fue a través del "aviso por despoblamiento". Se denunciaba así el despoblamiento de una mina por más tiempo de lo que permitía la ordenanza minera. Después de denunciarla y demostrar interés por trabajarla, teniendo los útiles y el capital necesario para ello, se citaba a los últimos dueños por tres veces consecutivas, al no aparecer ni haber oposición por parte de los antiguos dueños, se le concedía al denunciante la mina con arreglo a ordenanza y sin perjuicio de terceros.

¹⁷ Recaredo S. Tornero, *Chile Ilustrado*, p. 229.

¹⁸ *El Copiapino*, viernes 8 de junio de 1855, p. 1.

¹⁹ Archivo de la Intendencia de Atacama, vol. 38.

²⁰ Benjamín Vicuña Mackenna, *El libro de la Plata en Chile*, p. 207.

El último método empleado por don Guillermo fue a través de lo que se llamó "la denuncia por inconcurrencia de gastos" hecha ante el intendente y el diputado de minas. El minero que trabajaba el mineral en compañía, denunciaba que el otro socio no contribuía a los gastos en la mina que poseía. Si se comprobaba que efectivamente el socio no pagaba los gastos, quedaba así la mina virtualmente desierta y el otro socio, en este caso Watkins, pasaba a ser dueño de las barras del socio.

Watkins de una forma u otra fue propietario de ocho minas en el mineral de Lomas Bayas: Farellón, Guías, Animas, Segunda, Tercera, Veta Cuarta, Merceditas y la Descubridora. Siguiendo a Vicuña Mackenna este mineral, en el año 1875, tenía 13 minas productivas; así Watkins fue dueño de un alto porcentaje del mineral.

La Mina Farellón fue trabajada en un principio en compañía con Antonio Guerra, Pedro Sierralta y Domingo Olavarría. Mina que era trabajada el año 1853 por seis barreteros y un total de catorce empleados, dos labores en beneficio y cuatro en broceo, habiendo bajado el número de operarios a diez el año 1855²¹. Guerra tenía dos barras de la mencionada mina, pero por no contribuir a los gastos, estas barras pasarían a Watkins en abril de 1856, único socio que contribuía a los gastos. Fue de esta misma manera como a Watkins le fueron entregadas ocho y media barras de la misma mina pertenecientes a Pedro Sierralta, quien había dejado pasar los cuatro meses de plazo para cubrir los gastos de la mina²².

En marzo de 1857 Watkins quedaría como dueño exclusivo de la mina al serle entregada media barra de Domingo Olavarría que tampoco había pagado los gastos de la mina²³.

Fue así como Watkins quedaría como único dueño de la mina Farellón.

La mina Guías fue trabajada por Watkins y compañía desde el año 1853, año en que la mina se encontraba trabajada por "tres barreteros, y un total de 5 individuos, dos labores en beneficio y una en broceo"²⁴.

En uno de los viajes de Watkins a Valparaíso, vendió en diciembre de 1853 a Juan Laurel una barra de la mina (Laurel parece ser

²¹ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 60, foja 5 vta.

²² Archivo Notarial de Copiapó, vol. 107, foja 3.

²³ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 124, foja 96 vta.

²⁴ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 60, foja 5 vta.

el mismo que lo acompañaba a Quillota en sus paseos). Vendía además cuatro barras de la misma mina a Manuel Belinfante.

La mina Animas también era trabajada por Watkins y compañía. En el año 1852 sólo cuatro peones laboraban en ella²⁵.

En la visita hecha por la autoridad a la mina en el año 1853 se estampó la siguiente observación: "En el mismo momento el señor Intendente y diputado de minas don Antonio de la Fuente, acompañado del perito don David Fribilcoch y de los testigos don Ramón Calderón y don Arsenio Moreno, pasaron a visitar la mina Animas de don Guillermo Watkins y compañía. Dicho perito declaró que la labor estaba hábil, corriente y bien ventilada y el camino bueno y el cerro bastante sólido. No habiendo que observarse respecto a los salarios, alimentos ni tratamientos de los trabajadores, se dio por concluida esta diligencia"²⁶.

En las visitas periódicas a las minas de don Guillermo Watkins, nunca se estimó necesario hacer alguna observación respecto a ellas.

El 29 de octubre de 1855 se concedía a Watkins la mina Veta Cuarta, por encontrarse despoblada, previo anuncio de don Guillermo²⁷.

El 29 de julio de 1856, Watkins compraba por el valor de 6.500 pesos a Ernesto Schmidt, alemán, dos barras en la mina Descubridora, dos barras en la Veta Cuarta y cuatro barras en la Merceditas²⁸. Las barras de la Merceditas más dos barras compradas poco tiempo después de la misma mina fueron vendidas a Guillermo Randolph²⁹.

Así mismo, el 27 de julio de 1857, Watkins vendía sus dos barras de la mina Descubridora a los señores Rafael Garmendía y Jorge Broun por el valor de 2.000 pesos³⁰; Watkins, por lo tanto, sería propietario de estas barras por un tiempo muy breve, menos de un año.

Las posesiones mineras de Watkins en el mineral de Lomas Bayas se verían incrementadas cuando en julio de 1856 denunciaba como despoblada por más tiempo de lo que la ley permitía, la Veta Tercera³¹.

²⁵ *El Copiapino*, 12 de septiembre de 1853, p. 2.

²⁶ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 60, foja 5.

²⁷ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 107, foja 74 vta.

²⁸ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 115.

²⁹ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 130, foja 70.

³⁰ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 127, foja 237.

³¹ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 121, foja 109.

Finalmente en agosto de 1859, Telésforo Espiga vendía a Watkins por el precio de 520 pesos toda la mina de plata denominada Segunda del mismo mineral ³².

Estado de las minas según operarios (promedio mensual)

Años	1869	1870	1871	1872
Animas	4,8	8,2	7	8
Cuarta	10,2	14,2	7,5	7
Farellón	46,5	47,4	44,5	65
Guía	6,5	6,7	5,6	5,3
Merceditas	9,3	11,6	13,2	15,6
Descubridora	53,8	81,2	80	58
Tercera	7,4	6,3	11	— ³³

c) *Mineral de Amolanas*

Fue a principios de la década del 60 cuando Watkins compró minas en Amolanas.

El 23 de mayo de 1862, Watkins compraba a Guillermo Tregeda dos barras de la mina de plata Descubridora de Amolanas por el precio de 200 pesos ³⁴. En el mismo mes de mayo compró a don Mateo Morante diez barras de la misma mina ³⁵.

Sin embargo el movimiento comercial de las minas continuó y fue así como en junio del mismo año vendió a Diego Sutil tres barras de la mina ³⁶.

³² Archivo Notarial de Copiapó, vol. 136, foja 165.

³³ Archivo de la Intendencia de Atacama, vol. 38.

³⁴ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 157, foja 264.

³⁵ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 157, foja 233.

³⁶ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 157, foja 299.

Con todo, la actividad de Watkins no se limitó al material argéntifero, fue así como el 17 de abril de 1860 se le concedía la estaca vacante al norte de la mina de cobre Ojanco Nuevo: "habiendo cerro vacante al norte de la expresada mina y hallándome con los útiles necesarios para su explotación; suplico se sirva concederme la primera estaca vacante al Norte de la citada mina..."³⁷. Se le concedía la estaca vacante con arreglo a ordenanzas y sin perjuicio de terceros.

Watkins parece haber fracasado en el negocio minero, porque en el año 1875 lo tendremos luchando por subsistir nuevamente como profesor, esta vez en el Liceo de Copiapó.

3. PROFESOR NUEVAMENTE

A principios del año 1875, encontrándose vacante las cátedras de latín e inglés, el director del Liceo de Copiapó le proponía al intendente de Atacama a don Guillermo Watkins como profesor: "En consecuencia propongo a Ud. para que desempeñe las clases de inglés, del liceo de esta ciudad a don Guillermo Watkins, solicitando también a Ud. a más se le dé al propuesto las clases de latín, segundo año en atención a los extensos conocimientos que el señor Watkins posee en esos dos ramos"³⁸.

Watkins principió a prestar sus servicios a partir del día 12 de abril en el citado Liceo³⁹. Sería también examinador del liceo en idioma francés.

Estando Watkins como profesor en el Liceo, murió uno de sus hijos. "El sábado a las 9 de la noche pasó a mejor vida don Guillermo 2º Watkins, joven de 16 años de edad, hijo del profesor de inglés del Liceo de Varones de esta ciudad"⁴⁰.

La vida de don Guillermo Watkins continuaría en Copiapó, como profesor del liceo hasta el año de su muerte. Si bien me fue imposible comprobar cuándo y dónde murió Watkins, pareciera ser que hubiera muerto en Quillota alrededor del año 1880. Para Hillman, en su libro *Old Timers*, habría muerto en el año 1880 muy pobre, en

³⁷ Archivo Notarial de Copiapó, vol. 146, foja 27.

³⁸ Archivo de la Intendencia de Atacama, vol. 430, nota nr. 4.

³⁹ Archivo de la Intendencia de Atacama, vol. 430, nota nr. 11.

⁴⁰ *El Copiapino*, 6 de agosto de 1872, p. 2.

Quillota. "Un informante me contó que Watkins murió en el año 80, otro me contó que creía había muerto en Quillota muy pobre"⁴¹.

Así terminó la vida de este viajero inglés que nos legara su interesante diario, donde narrara su viaje a las provincias del sur de Chile. Viaje comenzado en Valparaíso el día dos de noviembre de 1852 y terminado en alguna fecha no precisada aún. Pues el diario termina en la expedición de Watkins al volcán Antuco con el gobernador de Los Angeles, el día dos de enero de 1853.

Para concluir sólo me gustaría agregar algunas consideraciones acerca del diario de Watkins y de su viaje por el centro y sur de Chile.

Habiendo sólo citado algunos pasajes de la primera parte del Diario, creo necesario decir que ésta se refiere a las actividades de Watkins como profesor en Valparaíso. Narración de gran valor, porque nos da a conocer la visión que un extranjero tenía de ese Valparaíso de mediados del siglo pasado y de sus habitantes. Visión bastante subjetiva, cargada muchas veces de sentimentalismos y críticas, especialmente hacia los chilenos.

En cuanto al relato del viaje mismo, éste constituye un valioso aporte, sobre todo en lo que a clima y a vegetación se refiere, y en la descripción de los modos y costumbres de los indios. Descripción muchas veces exagerada. No debemos olvidar que se trata de un viajero inglés, en un territorio muchas veces hostil, cuyos habitantes tienen costumbres más bien primitivas, muy diferentes a la Europa que Watkins tanto admira y añora.

Antes de empezar a viajar con Watkins, me gustaría agradecer a don Sergio Villalobos, quien me guió en esta investigación y al Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile que me permitió publicarla.

⁴¹ Hillman, *Old Timers*, p. 391.

Hacienda del Huique

Habiendo abandonado Valparaíso el 31 de diciembre me encuentro en la tan meditada expedición a las provincias del sur de Chile.

A principios de setiembre traje a vivir conmigo a un joven alemán, George Ruschewek, para trabajar en Ollendorf y he hecho considerables avances en el libro y el idioma. También comencé a preparar el Seminario para dejarlo listo para la venta, pero paré la obra para emprender este viaje. Mi salud siempre mala me ha obligado a dejar Valparaíso por algún tiempo. El domingo 24 de octubre un enorme vapor norteamericano, el Pittsburg de Nueva York, encontrándose listo para zarpar hacia San Francisco, ardió en llamas, supuestamente por la espontánea inflamación del carbón chileno recientemente llevado a bordo. Ardió tan rápidamente que los pasajeros no alcanzaron a salvar su equipaje y se está pidiendo una colaboración en Valparaíso para ayudarlos a proseguir. El domingo, alrededor de la una al subir el cerro que está detrás de la casa de los Polanco, presenciamos, con Laurel y el doctor Johnson, algo que no se podrá olvidar fácilmente, la destrucción final de ese barco enorme. Después de arder hasta medianoche e iluminar toda la bahía se hundió con su mástil derecho y una terrible pelea entre los dos elementos; las llamas parecían brotar de la superficie del agua y el humo duró bastante tiempo, pero muy pronto los botes remaban sobre el lugar donde se había hundido hacia las profundidades como una gota de lluvia.

Habiendo expresado el señor Ruschewek el deseo de acompañarme, lo he traído conmigo, pero él volverá por mar desde Talcahuano a Valparaíso; y yo entonces tendré que viajar un poco más lento, retrasándome donde sea necesario, ya sea por la atracción del lugar o por el estado de mi salud.

El domingo 31 de diciembre salimos de Valparaíso para Casa Blanca, con cuatro caballos incluyendo "el Colorado" y dos más para mi sirviente José. El señor Ruschewek con dos, José también tenía una mula para cargar las camas y maletas, las primeras en un *almofrej*¹ que encontré en el camino muy adecuado para llevar de todo, por eso dejé mi baúl en Casa Blanca. En la primera noche ya empezaron las dificultades de un viaje por Chile; el baúl resbaló, obligándome a parar en la oscuridad y el Colorado partió por su propia cuenta, pero fue encontrado nuevamente, además al llegar a Casa Blanca encontramos la *Posada* de Fenewick, muy llena y

* El Diario se encuentra actualmente en poder de don Sergio Villalobos.

¹ Las palabras o expresiones subrayadas aparecen en castellano o en otro idioma en el original que está en inglés.

conseguimos con dificultad una pieza y algo para comer en "Los Fritos del Francés".

El lunes por ser día de Todos los Santos, muchos jóvenes habían venido de Valparaíso.

Lunes, 1º de noviembre de 1852.

Después de desayunar y empacar el *almofrej* partimos como a las 8 por el camino que yo ya había hecho antes varias veces, pero mi joven compañero empezó a sentir los efectos del sol, aunque continuó cabalgando. Estaba de excelente ánimo. A los pies de la cuesta de Ibacache nos recostamos a la sombra, en un potrero durante una hora. Cerca del camino había un cóndor de los más grandes que he visto jamás, que no se dignó mover, ni mirar; mi sirviente José se acercó con una espada para ver si nos desafiaba, pero tal como yo lo suponía, se elevó majestuosamente sobre nuestras cabezas, fuera del alcance de mis pistolas. El paisaje para el que ha vivido por algún tiempo en Valparaíso es boscoso y por eso interesante, pero es incomparable con las magníficas y variadas vistas del sur. Al atardecer llegamos a la hacienda San José, estaba el hijo del dueño, don Santiago Ortúzar que nos recibió muy calurosamente. Estaba también Flores y tan conversador que no pudeirme temprano a la cama. El parece justificar su reputación en el sentido americano, de ser bien educado y talentoso, ciertamente habla su idioma de corrido y con precisión, también ha realizado numerosas lecturas y habla de autores latinos y demuestra conocimiento sobre éstos, como si le fueran muy familiares; pero generalizando, los sudamericanos sacan a relucir todos sus conocimientos con un gran tacto y buen gusto, sin haber nunca agotado ninguna rama de información.

Martes, 2 de noviembre de 1852.

Después de un buen desayuno, le hice sacar las herraduras a mi caballo Colorado y lo heché a un *potrero* hasta mi vuelta, partimos pero pasamos por el Molino a visitar al señor Osman, que me dio una carta para el señor Moses Hawes de Tomé. Atravesamos la ciudad de Melipilla sin detenernos en el río Maipo. Se atraviesa en unos grandes y toscos botes, *lanchas*, junto con los caballos. Yo quise subir al bote montando mi caballo y atravesarlo así pero afortunadamente cambié de opinión, porque uno de los caballos saltó al río, lo que nos obligó a hacer dos viajes, llevamos de a tres caballos y cada jinete se preocupaba de su propio animal. Yo llevaba dos para mí, uno era un caballo tranquilo de paso y el otro una fiera inagotable que le había comprado al doctor Johnson especialmente para el viaje y como tendríamos que recorrer 50 millas hasta San Vicente, donde intentaba pasar la noche, iba montando el último, permitiéndole hacer lo que quisiera, dejando que mi acompañante y mi sirviente me siguie-

ran. Justificó plenamente su reputación llegando a San Vicente sin un toque de espuelas, en seis horas, y trató de sacarse la *copa* del freno cuando desmonté. La casa de la hacienda era un montón de ruinas, habiendo casi terminado el gran terremoto del año pasado lo que el tiempo y la negligencia habían empezado. El dueño estaba allí y nos dijo que francamente las pulgas nos devorarían si hacíamos nuestras camas en cualquier parte de la miserable mansión. Tuvimos que cabalgar otra legua hasta una posada; mi empleado barrió un rincón para las camas. Comí huevos y leche y finalmente pasé una buena noche.

Miércoles, 3 de noviembre de 1852.

Esta mañana nos levantamos al alba, pero desayunar, ensillar los caballos y cargar las mulas nos tuvo ocupados hasta las 8. Nuestro camino empezaba por un paso montañoso que separa la gran planicie que habíamos recorrido ayer de otra aún más grande. Después de cabalgar alrededor de cuatro horas llegamos al río Cachapoal que por estar dividido en tres brazos es vadeable. Seguí a un lugareño que estaba cruzándolo, el paisaje comenzó a ponerse interesante. A comienzos del día después de descender la *cuesta* entramos al cajón del *estero* Alhué y lo continuamos cabalgando por algún tiempo; el campo era boscoso y variado, pero después comenzó un camino estéril a lo largo de la cordillera de la Costa.

Es importante hacer notar que a lo largo de la costa los cerros están cubiertos de bosques y de árboles grandes, pero en los planos intermedios hay extensiones bajas carentes de árboles grandes y en algunas partes sólo crecen los *tistes quiscos*, este era el caso entre el *estero de Alhué* y el río Cachapoal. El valle que nos llevó a la hacienda del Huique de don José Miguel Echenique era hermoso; casi plano y cubierto de flores y arbustos. Llegamos temprano, para gran alegría del señor Ruschewek, que estaba aburrido de tanto cabalgar. La familia no estaba, pero llevaba una carta para el *mayordomo*. Durante veinticuatro horas vivimos en abundancia, lo mismo que nuestros caballos.

Jueves, 4 de noviembre de 1852.

Como no pensábamos cabalgar más de seis leguas hoy día, nos levantamos tarde, cuidando bien a lo que los nativos llaman la *policía del cuerpo*. Mi compañero se fue a bañar al río Tinguiririca que corre cerca de la casa y casi se lo llevó la corriente, pero un *huaso* a caballo lo sacó. Yo me contenté con una buena jabonada en una *batea* en mi pieza. Desayunamos y después cruzamos con un guía de la hacienda en una *lancha* el Tinguiririca y dos horas después el Chimbarongo. Al llegar la noche el guía nos consiguió un *ranchito* donde pasar la noche y parece haber elegido lo peor, pero como era tarde no nos quedó otra solución. Descargamos la mula y después de perder media hora, mientras la gente terminaba su *novena*, entramos a

la miserable casa, hicimos nuestras camas y José preparó algo para comer. Las pulgas lograron sacarme una gran cantidad de sangre. Nos arreglamos para lavarnos y salimos alrededor de las 10 sin desayunar. Este lugar quedaba en la propiedad de Linague.

El Cachapoal, el Tinguiririca y el Chimbarongo se juntan más hacia el oeste de donde lo cruzamos y forman el Rapel.

Viernes, 5 de noviembre de 1852.

El valle en el que estuvimos por algunos días parecía estar rodeado de montañas.

Esta mañana nos acercamos a un portezuelo por el cual llegamos al principal valle de Chile, nuestra intención era llegar a Curicó. Antes de cruzar tomamos desayuno en un *rancho* y esperamos a José que traía todas las cosas. Después de esperar dos horas, empecé a pensar que lo que había ocurrido realmente, a lo mejor había cruzado la montaña por otro paso, olvidando preguntar por nosotros a la personas del *rancho*. Tratando de desviar mi atención comencé a preocuparme de las provisiones escasas que me había proporcionado la pobre gente del *rancho* y armándome de paciencia me puse a esperar al joven que había mandado por José. Desafortunadamente, empezó una tormenta de lluvia y viento y solamente fuimos capaces de suponer entonces que José estaba lejos de nosotros. Mandé al señor Ruschewek a indagar al otro lado de la cuesta y otro *peón* debía hacer el mismo por el camino que habíamos llegado. Yo decidí pasar la noche en el *rancho* porque comenzaban mis antiguos dolores al intestino delgado. Esta gente humilde era muy amable, me hicieron dormir en la cama principal, en la que aparentemente dormían tres o cuatro personas y si hubiera sido posible incluso se habrían llevado todas las pulgas de la casa. Sufrí mucho, pero lo demostré lo menos posible y al saber que José se había ido partí en la madrugada por la *cuesta* de Yerbas Buenas a la *posada* de Teno donde había alojado Ruschewek.

Sábado, 6 de noviembre de 1852.

El Overo, tan despierto como siempre, me llevó por su propia cuenta en pocos minutos a la posada. Después de desayunar tomamos un guía para vadear el río, dejé nuevamente que el Overo tomara la delantera y alrededor de las once de la mañana llegamos a Curicó. Aquí encontré a José que me miró tontamente por haberse separado de mí y me informó que la mula estaba a punto de morir y que su proceder del día anterior había sido precipitado y estúpido. Le dije que la dejara en un *potrero* y que me comprara otra.

El domingo 7 de noviembre de 1852 me levanté tarde, había convenido a Ruschewek que saliera la tarde anterior y que me esperara en Talca y salí de Curicó. La semejanza entre todos los pueblos de Chile y Sudamé-

rica es tanta que no hay nada que atraiga la atención de un europeo tan acostumbrado a ellos, como lo estoy yo, que me cansé rápidamente de dar vueltas. Conversé con una o dos de las tantas mujeres escualidas y una madre parecía muy ansiosa de venderme a una de sus gordas hijas. Después de hacer el negocio les di algunos regalos y partí diciéndoles que volvería algún día. La violenta acción del Overo era una de las causas de la descompostura de mi estómago.

En la *posada* había un señor Angel Bustos de la *villa de Bulnes* cerca de Chillán que iba a la Compañía a vender ganado. Me informó sobre el territorio que me disponía a recorrer, y como él había estado en California y en otras partes de América tenía suficiente autoridad para hablar. El día fue monótono pero mi salud mejoró.

Lunes, 8 de noviembre de 1852.

Curicó

Después de levantarme a desayunar partí para Quechereguas a las tres de la tarde y casi inmediatamente después de dejar Curicó crucé el río Lontué, por el camino principal entre Santiago y el sur. Por supuesto había más recursos para el viajero que el camino menos frecuentado que había cruzado hasta ahora. El camino a Quechereguas, después de cruzar el Lontué, me gustó mucho y era tal vez el frescor de los atardeceres en Chile, el cielo estrellado y las nevadas cumbres de la cordillera de los Andes, lo que parecía no solamente marcar un límite a la maravillosa tierra que estaba atravesando, sino que también me sobrecogía profundamente, dándole un carácter de misterio a todo lo relacionado con la vida inquieta y esforzada de Europa y todo el ambiente me llevaba a sentir una completa tranquilidad de espíritu. Sin embargo todos estos pensamientos eran en vano porque la esencia misma de la felicidad de esos pobres seres que me rodean es ignorancia de todo lo que no pertenezca a su propia existencia y esa ignorancia es palpable. "On an the neither know, nor care much wither, I cannot rest, nor work nor enjoy when in what is called home, let me in future try what incessant, change will do".

La cercanía de la *posada* de Quechereguas es muy boscosa y en cualquier parte donde hay árboles hay belleza para alguien que ha vivido largo tiempo en Valparaíso. Llegué al atardecer, la dueña de la *posada*, que era una señora de edad, me dio inmediatamente una tasa de té.

Martes, 9 de noviembre de 1852.

Me levanté temprano y después de una tasa de té y un par de huevos monté el *Demonio* como ahora llamábamos al Overo y una vez que estuvimos en camino plano decidí sacarle partido a sus diabluras. La distancia hasta Talca es de dieciséis a diecisiete leguas más o menos, y éste lo hizo

en cuatro horas y media sin tocarlo con las espuelas. Me fui directamente a la misma *posada* donde había alojado en 1845, es bastante miserable y el dueño parece totalmente indiferente a cualquier indicación de los huéspedes. Desde que yo estuve aquí se han instalado otras dos, aparentemente no hay cambios en la ciudad, pero don Salustio Bascuñán la describió como una en constante aumento de casas y habitantes.

Cruzamos el Claro y el Lirquén, el campo atravesado no es tan interesante como el de ayer. No hay vegetación visible distinta a la que se ve en los alrededores de Santiago, la mayor parte no está cercada. Los Andes que están a la vista, por supuesto que no son tan altos como en el norte. Mi criado llegó con los caballos y el equipaje seis horas después que yo.

Miércoles, 10 de noviembre de 1852.

Talca

A mi arribo ayer encontré a Ruschewek conversando sobre una *fiesta* que daban en Longomilla a la que estaban invitadas varias personas de Talca y como yo quería descansar uno o dos días, lo convencí de que fuera y que volviera esta mañana. Así lo hizo y a su regreso me contó que una lancha iba a bajar mañana por el río Maule hasta el puerto de Constitución con la señora y la hermana del dueño de la enorme hacienda de Longomilla, don M. Eyzaguirre (Manuel).

Había escuchado mucho de este paseo y repentinamente a las cinco de la tarde decidí ir a Longomilla y hacer el viaje con ellos, enviando los caballos con mi sirviente. Al llegar al Maule que corre entre Talca y Longomilla se nos oscureció y los *lancheros* se negaron a atravesar a esa hora y por lo tanto me vi obligado a persuadirlos a que se movieran. Nos vimos obligados a meter los caballos ensillados en la lancha y además un niño se ofreció a hacer atravesar los caballos sueltos por dos reales. La noche estaba maravillosamente clara y era increíble la escena a mi alrededor después de meter los caballos a la lancha; flotábamos en medio de la rápida y rugiente corriente que era muy excitante. El pobre niño logró hacer atravesar a nado los caballos y entonces bajo la dirección de Ruschewek comenzamos nuestro viaje a Longomilla, a la residencia del señor Foster, el socio administrador del negocio. Pero además llevé a un niño de un *rancho* en un caballo disponible, y avanzábamos más rápido que con Ruschewek a la cabeza, a pesar de que había vuelto esa misma mañana, pero los caminos chilenos son un problema para los europeos, incluso de día y absolutamente peligrosos de noche. Llegamos cerca de las once y como no habíamos comido nada desde las nueve de la mañana, estaba feliz de estar sentado frente a un pavo frío y una tetera. Pero no tan contento de tener que acompañar a las damas a un baile cerca del molino. El señor F. se había casado hace tres semanas. Acompañé a su joven esposa al baile, era muy conversadora, hablaba francés bastante bien y brindó por mí en la comida. No envidio al señor F.

(Foster) a pesar de que sus negocios son tan agradables como la viuda. Nos fuimos a acostar como a las dos de la mañana, nuestras camas estaban repartidas en el pasillo, porque los dormitorios estaban ocupados por visitas de Talca. A las cuatro y media salté de la cama, llamé a mi sirviente y decidí lavarme en cualquier parte.

Jueves, 11 de noviembre de 1852.

Estaba en esto cuando una de las mamás me interrumpió, una de las que había traído a su hija a la fiesta. Investigué más adelante el terreno de la batalla entre Bulnes y Cruz del año anterior y cabalgué a la casa de don Manuel donde tomamos desayuno y nos embarcamos con las damas. Nos fuimos como a las 11 y descubrí algo maravilloso, las damas eran toda ternura, los caballeros toda cortesía, el paisaje, el ambiente, todo tan nuevo. Mi salud empezó a mejorar, tanto que volvió mi deseo de agradar en algo, me hice gran amigo de doña Javiera. Al llegar a la cordillera de la Costa, el río corre entre abruptos cerros cubiertos de árboles hasta la cumbre y entre curvas tan cerradas que se mantiene constantemente la incógnita de lo que saldrá a nuestra vista. Tomábamos aperitivos y muchos *dulces*. Observamos a Pepe jugar a las cartas y prendas y finalmente nos entretuvimos mirando las estrellas y hablando nimiedades, hasta llegar a Constitución. Allí nos separamos, las damas con su dos acompañantes se fueron a la casa de un capitán Mc Iver y nosotros decidimos irnos a la *posada*.

El viernes 12 de noviembre de 1852 fuimos a preguntar por el estado de la barra y a enterarnos de qué probabilidades había de que R (Ruschewek) pudiera llegar a Valparaíso partiendo de acá; comimos con el capitán Paul y visitamos a las señoras en la tarde.

Sábado, 13 de noviembre de 1852.

Ruschewek preparó su equipaje y lo mandó a la orilla del río, al informarnos el capitán Paul que el pequeño buque *El Maule* iba a probar sus motores hoy día, remolcando alguna de las embarcaciones que están esperando una oportunidad para atravesar la barra. Todos nos subimos a un bote, Ruschewek se subió a bordo de la embarcación que estaba por partir, pero en vez de eso se vio obligado a soltar el ancla. Entonces nosotros nos subimos al buque a vapor. Fue remolcada otra embarcación más pequeña y yo crucé la temida barra del Maule dos veces. Ruschewek partió, ahora seguiré mi peregrinación solo.

Domingo, 14 de noviembre de 1852.

Pasé el día añorando, visité una o dos personas y leí periódicos ingleses. Determiné partir muy temprano mañana. Después de despedirme de todo el pueblo, me fui temprano a la cama y el lunes al despertarme me sor-

prendió el ruido de la lluvia, por lo tanto estoy prisionero por un día. Nunca llueve largo en esta estación y es probable que mañana amanezca un hermoso día y los caminos libres de polvo. Le he sacado partido al día escribiendo las memorias y el tiempo está maravillosamente claro (3 P.M.). Mi próxima parada es en Chanco, situado en la costa y celebrado por sus quesos, y después Cauquenes, un pueblo y capital de provincia, que espero sea un buen ejemplo de un pueblo pobre de Chile, con alguno de los hábitos y características que existieron antes del contacto con los europeos. "*Avait changé tout cela*"². Voy a ir de nuevo a comer con Paul y partiré mañana temprano.

Martes, 16 de noviembre de 1852.

Anoche al irme a la cama sentí alguno de los síntomas de mi antigua enfermedad o el desorden de los órganos digestivos. Hacia la mañana enfermaron los mismos eructos y diarrea que yo había tenido en muchas ocasiones anteriores, así no había más remedio que quedarse en cama todo el día, un día perdido. Yo no podía hacer más que leer los periódicos traídos en el último vapor. Hacia la noche la diarrea cesó y yo decidí cabalgar en la mañana.

Miércoles, 17 de noviembre de 1852.

Partí alrededor de las nueve de la mañana hacia Chanco que queda a once o doce leguas desde Constitución, a pesar de que todos me decían que eran dieciocho. Casi todo el camino continuaba alrededor de bosques, terrenos recientemente limpiados y presentaba vistas muy interesantes. Se experimenta un gran cambio con sólo irse dos grados al sur de Valparaíso, de ver toda la cordillera de la Costa con sus ondulaciones y elevaciones al igual que en el norte, cubiertas de árboles. Al atardecer pude ver el mar, tuve que atravesar un *arenal* y al divisar Chanco afloró naturalmente alguna de esas asociaciones de ideas que siempre acompañan la vista de los seres humanos después de no ver nada por algún tiempo, pero fue miserablemente frenada cuando volví a la realidad.

Llevaba una carta de presentación para don Mateo Verdugo, aparentemente el hombre más importante de este sucio hoyo. Como él no llegaba hasta las cinco se las entregué a su esposa que estaba sentada en el *estrado*. Ella no sabía leer pero cuando habían pasado unos minutos, me invitó a pasar y empecé mis investigaciones sobre Chanco y el camino de los alrededores. Salí a dar una vuelta por el así llamado Chanco y regresé al *estrado*. La conducta de las últimas me confundía, ellas se comían mi pan, olían mi colonia, tocaban todo lo mío, sonreían torpemente a todo lo que yo hacía o decía. Especialmente una de ellas. Después escuché que era casada

² Todo aquello había cambiado.

con un señor París; asentado en alguno de estos lugares y que había estado lejos de su pensamiento por algún tiempo. Otra hermana estaba también casada y no lo hacía mejor, toda la familia excepto don Mateo, que llegó en la noche, me parecían locos. La risa, especialmente de la esposa de París hacía eco continuamente en mis oídos. Toda la escena era penosa. Era una situación extraña estar en un horrible pueblo de Chile, en la costa del Pacífico, con suficiente hediondez e ignorancia por parte de la gente y de su locura y era gente con la cual tenía que convivir. En todo caso estoy demasiado acostumbrado a cualquier aventura por mar y por tierra para que se perturbe mi ecuanimidad y estas reflexiones y observaciones no las hago con don Mateo. Me sentí molesto con el señor Ibar de Constitución que me había dado una carta de presentación en la que alababa a don Mateo, pero nada me decía de los otros miembros de la familia, pero como no había más remedio me entretenía con don Mateo y comía una de sus cochinas *cazuelas*, permitía además a las idiotas morder mi cabeza, fumaba un cigarrillo, miraba mis pistolas y me dormía como un lirón. En la mañana me vino a ver el señor París que había permanecido en estos lugares ocho o nueve años, sin conocer ninguna ciudad grande. Me dio un extraño informe del clima de Chanco, diciéndome que curaba ciertas enfermedades sin necesidad de otro *remedio* y que casi no había variación de temperatura, porque en el verano el viento del sur es más fuerte y más constante que en el invierno. Los cambios de clima en Chile son grandes pero en distancias cortas y son producidos por la gran variación de altura en las regiones más o menos altas y por la mayor o menor proximidad de la costa, donde gran parte del año sopla un viento del sur del Pacífico.

Jueves, 18 de noviembre de 1852.

Chanco

Como ya sabía que no había ningún lugar donde tomar desayuno y además como solamente había seis leguas hasta Cauquenes, mi próxima parada, acepté la invitación de don Mateo a tomar desayuno antes de partir y no pude salir hasta las doce. Me dieron un desayuno raro; buena leche, se podía ver una cafetera, quise que me permitieran hacerme una tasa de ese café, pero no me lo permitieron. La anciana dama me sirvió leche con harina tostada como desayuno. Aparenté estar satisfecho para no ofender esta curiosa costumbre española.

Cauquenes es la capital de la provincia de Maule, la residencia del intendente, el señor Sotomayor, a quien encontré menos arrogante que la mayoría de los gobernadores de pueblos y provincias, además era muy conversador. El camino de Chanco a Cauquenes corre aproximadamente de oeste a la costa y por supuesto hay que cruzar la cadena montañosa de la cordillera de la costa. La vista desde la cumbre era maravillosa y abarcaba

una gran extensión de costa pero muy pronto el camino se internó en el bosque donde por supuesto los árboles lo tapaban todo. Después de casi tres horas empecé a salir por la parte este y comenzaron a aparecer tierras planas y claras con *ranchos* y viñas muy románticamente situadas. La sucesión de interesantes y pintorescas vistas durante esta excursión ha sido demasiado constante para permitirle a un ser humano una impresión muy durable. Sin embargo alguno de estos retirados lugares y sus simples habitantes se dan cuenta de todo lo que la imaginación proyecta cuando somos jóvenes y estamos encerrados física pero no mentalmente en pueblos y ciudades.

Llegué a la casa de don Agustín del Río, a quien llevaba una carta del capitán Paul, fui muy bien recibido.

El pueblo es miserable pero en él viven 6.000 habitantes, tienen una iglesia mejor que cualquier pueblo de Chile y está rodeado de viñas al estilo francés y no están plantadas con puntales como al norte del Maule.

Viernes, 19 de noviembre de 1852.

El cambio de clima entre este lugar y la costa es notable. El calor de hoy día era insoportable y durante la hora de la siesta todo parecía estar deshabitado, todo el mundo se atenia rigurosamente a esta buena costumbre chilena. En la tarde fui a visitar al Intendente, tomé té con él y me encontré con un francés que dijo ser doctor, pero me acordé que él se había presentado en el Seminario de Valparaíso como *Professeur*. Sin embargo no se acordaba y no valía la pena mortificarlo. El señor Sotomayor me dio una carta para don Narciso de la Concha, gobernador de Quirihue, que sería mi próxima parada y a cuyo lugar me dirigí acompañado por don Agustín,

Sábado, 20 de noviembre de 1852.

Quirihue

a una propiedad suya que queda en el camino. El calor era enorme y me quedé dos horas en la casa para tomar desayuno y descansar un poco. No había nada más que té y leche, pero como yo había traído algo de pan y carne nos hicimos un desayuno tolerable. La forma miserable en que viven algunos de estos *hacendados* es realmente sorprendente, especialmente si uno piensa en lo fácil que les sería rodearse de pequeñas comodidades. El camino a Quirihue serpentea a lo largo de valles angostos que quedan al interior de la cordillera de la costa y es muy seco, en realidad lo que he recorrido hoy es tal vez lo menos interesante de mi viaje. Ocasionalmente se veían algunas viñas y hacia la costa el campo se tornó más boscoso, asomando algunas casas de fundo retiradas del camino. Al sur del río Maule los *ranchos* quedan todos retirados del camino, probablemente por razones

de seguridad. Don Agustín al salir nos señaló un cerro alto *Cerro de Coiquen* que servía como punto de referencia. Quirihue quedaba a sus pies y calculé que podía tener una altura de 8.000 pies, sin embargo al llegar a Quirihue me sorprendí de que su altura sobre el plano en donde está situado el pueblo es escasa, no más de 1.500 a 1.800 pies, por lo tanto el cerro debe estar bastante alto. Llegué al anochecer y la señora de don Narciso y sus tres hijos me recibieron calurosamente. El apareció después. Una persona de aspecto enfermizo pero de buenos modales, cansada por la vida disipada, tan corriente entre los chilenos de clase alta y por la última campaña, sobre la que hablamos bastante, en la que él había acompañado a Bulnes en su última parte.

Domingo, 21 de noviembre de 1852.

Quirihue.

La altura de este lugar es perceptible por la esterilidad de su suelo y por la enorme fuerza del viento que hace volar a veces las tejas de los tejados y esta mañana había indicios de que se aproximaba viento norte, y lluvia, lo que me indujo a aceptar la invitación a quedarme. Hacia la noche soplaban viento y lluvia, pero me sentía mucho mejor y me entretuve con la anciana y sus hijas, divertido por su extraña mezcla de orgullo, ingenuidad y sucios y descuidados hábitos. Rondaba también por la casa un irlandés medio chiflado, señor Macnamara, actuando como doctor y comandante de milicias, un desertor de algún ballenero.

De nuevo me presentaron a un francés, señor Dagneau que vivía aquí desde 1829, primero como *médico* pero ahora como propietario. Hay una tendencia en los franceses a volver a una vida semibárbara, o bien su fácil carácter los hace adoptar las costumbres de los bárbaros hasta tal punto que no pueden volver a las costumbres de la vida civilizada. Este señor Dagneau confesó francamente su incapacidad de volver al mundo de vida europeo, pero a su hijo lo educó en Santiago. Me dio una sidra muy buena, era la primera que había probado.

El lunes seguía lloviendo por lo que me vi obligado a quedarme en Quirihue, pero decidí salir de todas maneras el martes aunque lloviera.

Martes, 23 de noviembre de 1852.

El Tablón

Encuentro imposible viajar o trabajar en cualquier cosa antes del desayuno, por lo tanto desayuné antes de partir y salí recién a las 11 A.M. Don Narciso me había recomendado que pasara la noche en casa de don Tiburcio Cortés que queda al lado del camino, pasado tres leguas de Coelemu. El camino continuaba igual, pero al acercarnos al Itata empezó a descen-

der y presentaba muchos cambios. El valle de este río es hermoso. Pronto tuvimos a nuestra vista numerosas casas y viñas y el pueblo de Coelemu en la orilla opuesta. Sentí muchísimo haberme quedado en Quirihue en vez de haber seguido a este pintoresco lugar, pero los nativos que no tienen gusto para las bellezas naturales de un lugar, recomiendan sitios para alojar de acuerdo a su conveniencia o medida. Como hubo bastante demora en esperar la lancha, en echar los caballos arriba y en cruzar el río, solamente atravesamos Coelemu y me vi obligado a galopar bastante para llegar al "Tablón" al anochecer donde pasé un *chasco*. Don Tiburcio no estaba y su señora no tenía ninguna comodidad que ofrecernos, nada para comer, ningún lugar donde dejar los caballos y era lo mejor de la vecindad. Esta fue la peor dificultad que me había tocado, sin comer nada desde la mañana y confiando en lo prometido para la noche. Como no se podía seguir de noche por esos caminos me fui a la casa más cercana y encontré un lugar donde amarrar los caballos, volví donde don Tiburcio, pedí agua caliente, tomé té y como tenía pan me consolé, aunque no era muy consolador para alguien que no está acostumbrado a viajar de esta manera. Las moscas me molestaron bastante, pero no me impidieron dormir y en la mañana salí temprano sin ni siquiera lavarme, ansioso de respirar el aire puro matinal de este maravilloso clima. Llegué al pequeño pueblo de Rafael en aproximadamente dos horas.

Miércoles, 24 de noviembre de 1852.

Todo el camino era boscoso o recién limpiado de árboles y a medida que me aproximaba a la costa me recordaba Inglaterra. En Rafael y en Itata hay un molino de trigo y mencionaron varios otros en diferentes partes del país. El descubrimiento de oro en California tuvo un efecto enorme en el desarrollo de la agricultura en Chile y probablemente salvó a Valparaíso de decaer en vez de progresar. Me sorprendió ver los montes al sur del Maule aserrados lo mismo que en las cercanías de Quillota. La población rural hacia el sur es mucho más numerosa que hacia el norte, pero los efectos de una vida tan aislada son notorios en su miserable forma de vida. Es curioso ver la miseria de sus viviendas, incluso las de algunos dueños de tierras y es difícil entender cómo viven cuando la respuesta *no hay señor* la dan para todo lo que uno pida. Esta mañana me detuve en un rancho en Rafael para hacerme una taza de café; la vieja mujer con sus hijos y sus pintarrajeadas hijas estaban preparándose para salir a pie a Tomé.

La gente de esta parte de Chile parece caminar mucho más que la del norte.

Como a las dos apareció delante de mí una vista gloriosa, era la bahía y el puerto de Talcahuano, asomándose primero entre los árboles y después lo tuve a mis pies, pues estaba en la cima de unos cerros de la cordillera de la costa. Me demoré bastante sin embargo en bajar a Lir-

quén, donde encontré a H. Rogers. Me dio un buen desayuno y la sensación de estar en una mesa inglesa fue inmensamente agradable. El desayuno y el café me parecieron lo mejor que había probado en mi vida. José no había podido mantenerse en mi paso y bajó por otro sendero a Penco, la sede de la antigua capital. Después de desayunar y descansar una o dos horas seguí a la ciudad de Concepción donde llegué alrededor de las seis y tomé pieza en el hotel de un alemán, el *Hotel del Sur*. Una de las dificultades al viajar por Chile es el cuidado de los caballos, los miran más o menos como nosotros miramos a los perros en Inglaterra. En Concepción no se podía encontrar paja y me vi obligado a echarlos a un *potrero* malo y llevarlos a Talcahuano para que los herraran, incluso esto me lo hizo como un favor, un ciudadano inglés recomendado por el cónsul inglés.

Jueves, 25 de noviembre de 1852.

Me vi obligado a quedarme en la pieza debido a la lluvia en este día en que escribía mi diario. El tiempo es muy similar al de junio o julio en Valparaíso. Me preocupa mi salud, no sé qué hacer con mis desórdenes estomacales, sobre todo después de haber estado tan confiado en que el ejercicio continuado confirmaría mi mejoría.

El viernes me atacó de nuevo la antigua afección, no tan grave como en ocasiones anteriores, pero bastante fuerte como para tener que quedarme en cama y así perder el día.

Fui a visitar al señor Rogers y comí con el señor P. Délano, le prometí al último que iría con él a su hacienda en Penco mañana. Leí los diarios y mandé copias a Talcahuano al señor Johnson, me fui a la cama sintiéndome mal aún.

Domingo, 28 de noviembre de 1852.

Concepción

El viaje a Penco se postergó hasta mañana debido al mal tiempo. Ayer le di la carta de presentación a Rondizzoni, el intendente. Me ofreció gentilmente darme cartas para los *comandantes* de la frontera y los *Capitanes de indios*, lo que por supuesto voy a aceptar, pero tengo que decidir hasta dónde será posible y prudente para mí incursionar hacia el sur. Le llevé también la carta de don Agustín del Río a su tío don Vicente Solar. El anciano caballero me acompañó donde el señor Rondizzoni y después a la Alameda y al río. El peleó en la guerra de independencia y de niño se lo llevaron los araucanos después de saquear Los Angeles, pero él y otros prisioneros escaparon a los bosques durante la noche. El cuenta la historia tal como fue, sin adornarla. En la noche comí con don Pablo y después escuchamos tocar piano y cantar a una señora de cuyo nombre no me acuerdo.

Lunes, 29 de noviembre de 1852.

Después del desayuno partimos a Penco con don Pablo Délano y un señor Smith que llegó de Santiago en una expedición parecida a la mía. El pertenecía al grupo científico norteamericano que tenía un observatorio en el cerro Santa Lucía en Santiago. La hija de don Pablo está casada con un señor Grez que maneja los molinos. Es una mujer fría, alta, a quien he visto muchas veces en Valparaíso sin saber quién era. También está aquí Conchita Valdivieso, esperando día a día que el señor Caldeleugh la venga a buscar. Después de pasar tantas noches en *ranchos* era un desafío estar con ellos. Uno no se da cuenta del verdadero valor de ropas limpias o buen alimento hasta que le hacen falta.

Penco es un lugar horrible. Mantiene solamente los esbozos de la antigua ciudad y una fortaleza que no parece haber sufrido tanto con el terremoto como por el descuido de los españoles. Todavía quedan allí algunas piezas de artillería.

Martes, 30 de noviembre de 1852.

Después del desayuno parti con José a Talcahuano para que herraran los caballos, pero me di cuenta que en estos lugares el asunto demora dos días, así que pasé la noche donde el señor Cunningham, el cónsul inglés.

Talcahuano es inferior a lo que yo me imaginaba, en efecto, Constitución parece ser un lugar más próspero. Los balleneros norteamericanos son el principal soporte. Como en todos los puertos, hay muchos bares y damas de placer, pero no hay buenas casas o tiendas y el señor Cunningham parece ser el ricachón del lugar.

Me sorprendió encontrar que el hermano del cónsul era el mayor viajero de Chile, por lo menos de los que hasta ahora me había topado. Había estado entre los indios *pehuenches* y me dio mayor información sobre los araucanos que cualquiera de los encuestados anteriormente. Me convenció que si quería verlos en los lugares de mayor aislamiento donde los europeos no habían llegado, me acercara al río Imperial, subiera por el valle y llegara a Nacimiento a través del gran valle central. Esto es lo que estoy preparando ahora.

Miércoles, 1º de diciembre de 1852.

Volví a Concepción, visité nuevamente al intendente para conseguir el pasaporte y las cartas recomendándome a los comandantes de la frontera con el sello que los caciques respetan. También me dio cartas para el señor Smith. El jueves me despedí de todos, dejé todo listo para partir a la mañana siguiente, pero el imperturbable José llegó tarde para intentarlo.

Cuando uno está preparado y listo para un viaje, la demora es tiempo perdido, porque no se puede usar para nada útil. Vagué durante todo

el día tratando de encontrar el trabajo de Molina sobre Chile y además conversé con Armstrong que está a cargo de la hacienda de Cunningham, en Landa, conversé también con un español que ha viajado mucho por el otro lado de la cordillera. Los *gauchos* son más hospitalarios e independientes que la gente de este lado. Me fui temprano a la cama para intentar alcanzar la primera lancha que cruza el río Bio-Bío; pero

Sábado, 4 de diciembre de 1852.

un horrible dolor de cabeza me dificultó la partida y entonces empezaron los problemas de que me habían hablado los lugareños para conseguir una lancha para atravesar el río. Alrededor de las dos de la tarde me fui a un *islote* en la mitad del río a esperar el lanchón que estaba trasladando ganado al otro lado. Tuve que esperarlo tres horas. El río es más ancho que cualquiera que haya cruzado antes, pero es bajo, el lanchón es empujado por *palanques*, nunca por remos. Si sopla fuerte el viento del sur se demora tres horas en atravesar el río. Algunos araucanos de dudoso aspecto llegaron al islote, empezaron a mover los caballos y demostraron intención de acompañarnos al llegar a la otra orilla del río. Como estaba oscureciendo, decidí pasar la noche en el *rancho* del botero, pero estos individuos descubrirían así donde estarían los caballos durante la noche. Le pedí a José que los ensillara y salimos hacia Coronel. Apenas estaban todos ya en camino le pedí a José que volviera con los animales sueltos, le dije *adiós* a mis amigos araucanos y volví hacia los *lancheros*. Hice mi cama en una pieza vacía y comí cordero asado.

Esto está inmediatamente al frente de Concepción y se llama San Pedro.

Domingo, 5 de diciembre de 1852.

San Pedro

José me alcanzó, tal como yo le había dicho, al amanecer. Dijo que llovería luego. Había estado soplando un viento norte toda la noche. Decidimos postergar la salida hasta las ocho de la mañana. Al ver que no empezaba a llover decidí llegar hasta la casa de *doña* Rosa María Mora que me habían mencionado en Concepción.

San Pedro consiste más o menos en una docena de *casitas* cercadas, pero no son casas decentes. La familia donde me quedé está evidentemente acostumbrada a recibir viajeros, pues en el invierno el río generalmente es imposible de cruzar por varios días y los viajeros esperan en esta casa. La señora era de Rere, muy conversadora, el marido correcto y apenas había unas pocas pulgas en la pieza, porque el tiempo era demasiado frío para ellas.

El campo era aún más verde y más boscoso que en las provincias de Concepción y más parecido a Inglaterra en ciertos lugares. Pero apenas se extiende la vista, se acaba el parecido. Llegué a las once a la casa de *doña M.* La lluvia y el viento nos golpeaban duramente y me tapaba la vista de las montañas y del Pacífico.

La anciana señora estaba acostumbrada a recibir ingleses; desde el descubrimiento del carbón y la llegada de vapores a *Colcura* y *Coronel*.

Tenía té y café y nos preparó desayuno. Los indios habían destruido todo lo que había en los alrededores varias veces durante el presente siglo; y ella se acuerda que su mamá la llevó hasta Rancagua, que a su padre lo lacearon y lo arrastraron hasta la muerte.

Continuaba la lluvia y decidí pasar la noche aquí; como no tenía libros y además tenía un enorme dolor de cabeza, que no me permitía escribir, conversé todo el día con la señora y sus parientes que vivían en la vecindad. Su ignorancia en muchos aspectos sorprendería a cualquier inglés corriente. Al mismo tiempo la gente del sur del Bío-Bío es más franca e independiente en su comportamiento que los *huasos* de muchos distritos en el norte. La tierra está dividida en pequeños pedazos originariamente comprados a los indios y no hay muchos peones, pues la mayoría son pequeños propietarios que viven del producto de sus tierras.

El *rancho de doña M. Mora* está construido sólidamente y con un techo firme de pasto y no del *coirón* del norte, pero mejor adaptado para el lugar. La lluvia y el viento continuaron toda la noche y el último amenazaba con arrastrar el *rancho*. Hice mi cama en el estrado y la anciana y sus *chinas* estaban muy entretenidas observando mis costumbres, al desvestirme, haciendo toda clase de observaciones de mi ropa interior y finalmente cuando me vieron en camisa de dormir que era larga, dijeron que me veía igual a una *niña*. Había bastantes pulgas y el rancho cruja y temblaba con la tormenta, lo que me impidió un sueño restaurador. Además se soltaron los caballos y me vi obligado a despertar a José.

Lunes, 6 de diciembre de 1852.

Coronel

Hoy decidí llegar a la ciudad de Arauco, por lo tanto, tenía que salir temprano. El camino estaba pésimo debido a la reciente lluvia y mi caballo se resbalaba, pero el camino y el paisaje comenzaron a ponerse hermoso. El Pacífico se veía de vez en cuando desde los montículos o entre los árboles y después de atravesar una cuesta bastante pesada, el camino continuó a lo largo de la playa. Llegamos a la mina de carbón de Coronel y después de cruzar otro cerro, nuevamente llegamos a la playa que estaba llena de pájaros, algunos de los cuales nunca había visto antes. Lota queda entre Coronel y el camino de Colcura, pero yo creo que es parte del estado de Colcura. Aquí el señor Garland de Valparaíso trabaja algunas minas

de carbón en sociedad con el señor Mark White y un señor Johnson, que dirige la empresa. Al primero lo vi en Concepción y al último en Talcahuano. Me quedé una o dos horas con ellos, visité sus minas, los escuché conversar en un castellano cortado con un *mayordomo* y luego me fui. La experiencia que he tenido con los chilenos me hace evitar tales escenas. Todos los hábitos, pensamientos, modos de actuar de un inglés recién llegado son diferentes a los de ellos y la tenacidad del inglés lo hace actuar cautelosamente antes de poder ocuparlos útilmente o entenderse en buena forma en cualquier empresa.

El señor W. (White) me acompañó a Colcura, la hacienda que anteriormente era de Alemparte y ahora de don Matías Cousiño, está situada en un valle maravilloso rodeado de bosques, todos los cerros igualmente cubiertos de bosques, pero en Colcura una gran cantidad de la mejor madera ha sido aserrada.

Don Cornelio Saavedra, casado recientemente con doña Dorotea Rivera, me recibió calurosamente. Me demoré una hora esperando a un *araucano* que nos haría de guía a Arauco, pero al escuchar que los ríos Araquete y Carampangue no podían ser vadeados por estar demasiado subidos, decidí partir sin él antes que tener que cruzarlo en la oscuridad. Apenas abandoné Colcura empezó la cuesta de Villagrán, conocida por el rechazo que recibió de Lautaro al apresurarse a vengar la muerte de Pedro de Valdivia. Es tal cual como la describe Ercilla, no tan difícil al ascenderla, *“más todo lo demás despeñadero”*. Al descender a los llanos de Arauco el camino es muy malo, en realidad hay que acostumbrarse al hecho de que en Sudamérica se le llama caminos a tales huellas. En la parte más baja no había más que una huella en la roca, lo que no permitía que dos jinetes se cruzaran en la parte más angosta.

Había atravesado el bosque solo, esperando a intervalos solamente a José, asegurándome que estuviera bien. Sumido en una especie de ensueño, no me había dado cuenta de que se veían unos ponchos a través de los árboles y había sonido de voces, cuando repentinamente la cabeza inconfundible de un indio, con su pelo largo y cinta apareció en el paso y el saludo *mai-mai* me impresionó, por ser éstos los primeros indios que hubiese visto. Eran cinco. Los dejé pasar adelante y me retiré a un lado de la huella para examinar sus atavíos. No me saludaron ni en araucano ni en español, usaban *chamales* y *ponchos*. La idea preconcebida de su tamaño y fuerza cambió rápidamente, porque eran demasiado insignificantes de apariencia para responder a las descripciones dadas. El efecto que pueda tener un mayor conocimiento de ellos sólo el tiempo lo puede decir. De todas formas estoy decidido a llegar mucho más al sur.

Cruzamos un estero y estando en el plano continuamos hacia el Araquete, pero nos dijeron que el nivel de las aguas estaba muy alto y que para vadearlo había que seguir más abajo, por lo tanto contraté un niñoito para que me llevara al otro lado, crucé y me encontré en lo que ellos llaman los *callejones*, largas avenidas entre los ríos Araquete y Carampan-

gue, de 10 a doce millas rodeados de árboles a cada lado. La arena o alguna otra peculiaridad en el terreno no permite que crezcan árboles en estos intervalos. Yo quería llegar al Carampangue al atardecer, por lo tanto, galopé todo el camino y al llegar encontré a tres muleros que iban metiéndose en ese preciso momento a la corriente. Yo sabía que estos hombres serían buenos guías, sería además fácil ver si el río era vadeable o no manteniéndonos detrás de ellos. Por lo que le ordené a José que me siguiera y me metí al río. Era muy ancho pero afortunadamente poco torrentoso. Llegamos hasta la mitad, el vado seguía por el centro del río y era más hondo de lo que me había tocado hasta ahora, una prueba era que el agua estaba casi quieta. Mi montura, botas y sentadera por supuesto se mojaron, pero lo que más me molestó es que se mojara el *almofrej*. Una de las mulas se hundió en la parte más honda y la salvaron con un lanchón que vino de la orilla opuesta. Arauco, que quedaba a una legua del río, fue alcanzado al ponerse el sol. Don Manuel Pomar estaba muy ocupado en su *despacho*, pero después de una pequeña conversación fue muy *corriente* y ahora estoy instalado en lo que ellos llaman aquí, su casa.

Con respecto a los dos caballos resultó como yo lo había previsto, pero no me complicaré más por ellos en adelante. El rápidamente mandó los caballos a un *potrero* y prometió buscar mañana un *lenguaraz*. Vagué con él en la noche y visitamos a una familia que provenía del norte. Una de las damas tocó piano.

Martes, 7 de diciembre de 1852.

Arauco

Arauco está situado a los pies del cerro Colo Colo y a media milla de la playa, es justo un lugar como yo me había imaginado. Consiste principalmente en comerciantes que abastecen a la gente del pueblo y a los indios. Los *lenguaraces* son también comerciantes que van en los meses de verano donde los indios con sus paquetes y se aprovechan de la simplicidad y la ignorancia de las pobres criaturas para hacer buenos negocios. Existe gran consumo de cuentas para collares, cuchillos, y se les compra una gran cantidad de ganado a los *caciques* y se les paga en buenos dólares que los indios funden y convierten en joyas ornamentales, usan de este modo gran cantidad de la moneda circulante de Chile. Los indios de esta parte de Chile son nominalmente católicos, pero las mujeres usan todas sus propias vestimentas, pues no les está permitido usar las de las *chilenas* bajo pena de quedar casi fuera de la ley. Los hombres muchas veces no se distinguen de los *huasos* y si las mujeres adoptan las vestimentas de las cristianas, se arrancan a Concepción o alguna otra ciudad, ocultan su origen y no regresan nunca. Esta obligación o regla es un obstáculo importante para su fusión con las chilenas.

El bosquejo de la antigua fortaleza todavía existe y nunca pudo haber sido demasiado grandiosa excepto para gente ignorante en materia de armamentos. La ciudad se extiende ahora hacia afuera, lo que antes estaba encerrado y, como todos los pueblos en Chile, está aumentando en número de habitantes y casas.

Busqué y encontré la piedra mencionada por Domeyko, y copié cuidadosamente lo que es legible de la inscripción, pues la copia de Domeyko tiene varios errores; ésta es como sigue: Hay tres o cuatro piedras desparrramadas con el escudo de Castilla bien grabado. Los españoles traían a sus propios trabajadores y es poco lo que se puede decir de sus descendientes, pues probablemente no hay ningún chileno que pueda hacer lo mismo³.

En la tarde fui con don Manuel al *potrero* donde estaban los caballos. Al atravesar la playa vimos muchas indias sacando almejas; ellas primero hacen un hoyo en la arena con los pies, después meten los brazos con el *chamal* generalmente hecho de hojas y sacan las almejas. Todos los indios hablan muy poco español, tanto como para que un inglés no los pueda distinguir excepto por sus vestimentas.

Los *lenguaraces* están todos fuera, algunos se han ido a la *tierra*, pues esta es la estación, otros *remoliendo*. Mañana es el día de la *purísima*, pero van a mandar a buscar a uno que los vecinos recomiendan mucho y no tengo otra alternativa que esperar algunos días en Arauco. El clima me hace muy bien, el calor no es nunca demasiado, pues sopla el viento del sur constantemente desde cerca del mediodía hasta la medianoche. El campo muestra también los afectos de la más alta latitud en el verde de sus cerros y en la cantidad de árboles y arbustos. Aunque no soy botánico, me doy cuenta que la *flora* es mucho más rica y variada que en el norte y se encuentran manzanas silvestres en todas partes.

Miércoles, 8 de diciembre de 1852.

Arauco

Día de la Purísima

Esta mañana, después del desayuno, fui con don Manuel y la mayoría de los hombres del pueblo a una *meseta* en los cerros, donde había carrera de caballos y algo que nunca había visto antes, *tira de gallos*. Toda la escena era excitante para mí. Describiré este deporte cuando tenga más tranquilidad.

³ A.H.Y. de Dios Nuestro Señor, reinando la majestad de don Carlos de las Españas y de las Indias y gobernando don Juan Enríquez, caballero de la Orden de Santiago reedificó esta plaza y muralla y la † [Iglesia] en los años de 1628 y de 29.

Domingo, 12 de diciembre de 1852.

Arauco

Los *lenguaraces* han llegado, y tengo que partir al instante, por eso no tengo tiempo sino para fechas y notas.

El jueves lo dediqué a leer y a escribir. Por lo tanto no hay nada para anotar.

El viernes a visitar al señor Andrew Jack y a conversar con el señor Ambroise Loisier [Lozier] y después me fui.

El sábado a escribir y a leer a Molina.

El comandante de armas con quien Domeyko había alojado, don José María Luengo y su *lenguaraz* Francisco Lobos tienen que haber salido ya para Imperial.

Lunes, 13 de diciembre de 1852.

Punta o Puerto de Yani

Llegó a Arauco el *lenguaraz* que yo había mandado a buscar hace algunos días; y para no perder tiempo resolví partir con él inmediatamente. Después de haber gastado cuarenta pesos en cuentas para collares, cuchillos, pañuelos, índigo, dedales, porque los indios no aceptan moneda pequeña o cualquier moneda, a no ser que sean fuertes dólares (*ellos no reciben plata macuquina*), partimos. Don Manuel Pomar me acompañó hasta la desembocadura del Tubul y después de cabalgar siete horas principalmente a través de pantanosos bosques, llegamos a las nueve al *rancho* del *lenguaraz*. Todos ellos me aseguraron que hasta el gran terremoto de 1835 el valle del Tubul por el que subimos desde la playa, era una pequeña bahía, ciertamente tiene mucho parecido al mar.

Cruzamos algunos *potreros* maravillosos y a las preguntas sobre quiénes eran los dueños de la tierra, teníamos una sola respuesta, que todos eran indios. La gran parte de la propiedad en la frontera está envuelta en juicios legales. Los indios no tienen títulos de dominio; he aprendido todos los trucos chilenos de evasión y trampas, vendiendo el predio dos o tres veces, o disputando los límites en la investigación de los compradores chilenos. Se me mencionaron dos o tres personas más ricas que lo común en esta parte, que forzaban a los indios a hacer ventas, presentándose en las notarías, para comprometer al primero y más pobre comprador en los desesperantes trámites de las cortes de provincia en Chile.

La población, a medida que estoy más al sur, es cada vez más y más india. En esta parte todos los hombres hablan los dos idiomas, pero yo no he encontrado mujeres chilenas hablando araucano. La influencia de los indios se nota en varios de sus actos, especialmente en la manera de montar, como lo he visto hacer a los *huasos*. Sáez me contó que su abuelo era

un *Capitán de Amigos* y casado en Boróa, que él tenía primos e incluso una hermana entre los boroanos. El me llevará a visitarlos. Estaba sin embargo muy temeroso y me dijo que tenía que presentarme como un comerciante de ganado si quería llegar a las partes no frecuentadas del país o estaríamos en peligro. Yo estoy decidido a continuar; le consultaré a los misioneros de Tucapel sobre el carácter que me conviene asumir o si sus recomendaciones y las del Intendente no serían suficientes para calmar las sospechas. El principal objetivo que tengo en mente para visitar el sur de Arauco son las ruinas de la Imperial. El *rancho* en el que me encuentro, retardado por la lluvia y por el *lenguaraz*, que quiere hacer algunos preparativos para su viaje, está situado a unas pocas *cuadras* del pequeño puerto de Yani, donde el vapor Arauco se refugió el año pasado, esperando abastecerse de carbón. Parece imposible que los indios o cualquier otro ser humano pueda vivir en una vivienda tan miserable y con carencia absoluta de todo lo indispensable. Durante las seis semanas que he estado viajando por el sur, mi salud ha mejorado y por ello la capacidad para enfrentarla ha aumentado y también ha sido puesta a prueba.

Al llegar anoche encontré un grupo de niños alrededor de un gran fuego en la mitad del *rancho* y otro grupo más numeroso de chanchos al final de éste, separados solamente por algunas tablas. Dos o tres de los más grandes empezaron a barrer con unas ramas un espacio para mi *almofej*. Lo dejé ahí, hice mi propia cama mientras José cocinaba huevos y preparaba té. Como no habían velas, un joven salvaje nos servía como lumbre, sujetando una antorcha mientras yo comía y me desvestía. Mi reloj empezó a ser un estorbo en la noche, ante el problema de esconderlo de los indios; hubiera preferido dejarlo atrás. Durante la noche los niños entraron arrastrándose y chillando al *rancho*, los cerdos gruñían y el viento penetraba por toda la choza, así que sólo después de largo tiempo pude dormirme y además me desperté temprano.

Miércoles, 15 de diciembre.

Tucapel.

Me senté a escribir después de desayunar con el padre Buenaventura Ortega y el *cacique* Juan Perquilán, dueño de vastas posesiones en estos lugares. Conversé con él a pesar de su mal castellano, me empezó a parecer familiar este hombre de campo y sus extraordinarios modos de vida. Es un *ladino*, usa zapatos y pantalones y ha viajado con Zúñiga al norte del Bio-Bío, sabe como usar el cuchillo y tenedor y tomó té conmigo, pero yo dudo si su última actuación le ofreció alguna satisfacción.

El lunes lo pasé en el *rancho* del *lenguaraz*, en Luidino, escribiendo las últimas páginas, leyendo a Molina, conversando con indios, escuchando el lenguaje realmente monosilábico y musical, cortando fresas silvestres que abundan en todo el campo. Era difícil escribir o comer, no había mesa

ni sillas y mi espalda me dolía. Debía haber escrito mucho más acerca de las conversaciones de esta gente, sobre Zúñiga y el *cacique* Colipi, Manil, Painemal, que me ofrecían una cantidad enorme de material si hubiere dispuesto de algún instante.

Partimos ayer alrededor de las ocho de la mañana, yo, mi sirviente, el *lenguaraz*, su hijo, y otro *lenguaraz*, Peña; un yerno de Sáez nos saldrá al encuentro el jueves. Yo he de viajar como un gran traficante de ganado y los otros como mis guías y sirvientes. Nuestro camino comenzó con ocho o diez millas de playa y después hacia el interior a través de los *potreros* de Lucapo. Después de cruzar el Leubú, todo el campo es tan fértil y salvaje como fácilmente puede imaginarse. No recuerdo ningún lugar estéril, el pasto crece hasta las rodillas de los caballos y los que andan sueltos corren a comer pasto a cada rato. Algunas veces cabalgamos por horas entre árboles altísimos a una distancia tan pareja entre uno y otro que parecían haber sido diseñados y me recordaban constantemente a nuestros parques en Inglaterra. Al final del día no se veían cercos ni ninguna otra señal de vida, excepto algunas cabañas aisladas de araucanos y animales pastando. Sáez, que era uno de los que iba con Alemparte, me mostró el lugar donde fueron sorprendidos y muertos Zúñiga, sus tres hijos y su hermano. El estaba en cama con el ánimo muy decaído. Su hijo ilegítimo favorito agarró una lanza, aunque era apenas un niño y mató al primer asaltante en la entrada. Cuando empezaron a disparar, Zúñiga salió en camisa y un Zapata de nacimiento le disparó, pero la bala no salió. Y cuando Zúñiga le quitó el arma cayeron los dos rodando a una quebrada, donde Zúñiga rápidamente lo agarró y le habría ajustado cuentas si no hubiera venido otro por detrás que lo golpeó en la cabeza con la cachá de su pistola. Le cortaron la cabeza y Alemparte ordenó que la pusieran en la plaza de Arauco donde quedó hasta el final de la guerra y un hermano suyo la enterró.

Ayer recorrimos una distancia de más de veinte leguas y estábamos felices de quedarnos en el campanario de la misión de Tucapel, aunque al acercarnos tenía un aspecto un poco siniestro. La construcción a la cual se refiere Domeyko duró sólo unos pocos años y el padre Ortega está viviendo en un cobertizo y haciendo reparaciones o más bien reconstruyéndolo. Las ruinas del antiguo fuerte están bastante cerca, lo mismo que las de Cañete. Tengo que salir hacia Paicaví y trataré de escribir en la noche.

Jueves, 16 de diciembre en la mañana. 7 A.M.

Paicaví.

Como no hay mesas ni sillas se hace difícil escribir y ahora me valgo de un casco que encontré botado afuera del *ranchito* o cobertizo en donde pasé la noche. No tiene puertas ni emplearon barro, sólo madera y paja y solamente es a prueba de viento en los rincones donde los pobres habitantes duermen.

Me tendí lejos de la puerta, pasé una noche buena; anticipándome a las noches que pasaría en la montaña que queda entre el Tirúa y el Imperial.

El padre Ortega me acompañó ayer casi hasta el lugar donde estaba anteriormente Cañete, lo visité aunque me quedara fuera del camino. No se ven más que montones de tierra. El pasto lo ha cubierto todo, pero se percibe la dirección de las calles, lo que debe haber sido la plaza ha sido arado y sembrado por los indios.

Llegamos a un lago pintoresco, el Lanalhue que mencionó el padre, pero que no puedo encontrar en los mapas que tengo a mano, no he buscado el de Molina. Crucé el Paicaví alrededor de las siete de la mañana y en poco tiempo llegué al lugar donde estoy escribiendo. Estamos de nuevo en la costa y el camino de hoy corre a lo largo de una inmensa extensión de playas. Los ríos que tenemos que cruzar son el Lleullén y el Cudrio. El viento helado hace muy difícil sostener la pluma, lo mismo me pasó ayer en la mañana. En verdad durante esta expedición me ha tocado pasar dos inviernos chilenos, pero encuentro que mi salud se reciente menos con el tiempo caluroso y seco que aparece a intervalos. Esta mañana unos comerciantes de ganado llegaron mientras nos estábamos preparando para partir y nos dicen que los indios están resentidos por el aumento de movimiento a través de sus territorios y que es muy peligroso para nosotros continuar, pero, sin embargo, estoy resuelto a hacerlo, *conte se qui conte*⁴. Después de consultar con mi *lenguaraz* decidí mandarlo donde el padre Ortega y pedirle que me consiga con el *cacique* de los tucapelinos, José María Quintreque, un guía para que me acompañe hasta donde el próximo *cacique* y seguir así hasta que salga de sus dominios y esté en tierra chilena de nuevo.

El río Paicaví corre cerca de la choza en donde nos encontramos y en la que tengo que quedarme otra noche. El lago que vimos ayer se llama Ilimani y figura en el mapa, pero demasiado cerca de la costa.

El padre Ortega no tiene mucha esperanza en su misión y por lo que yo puedo juzgar, tiene la misma relación con lo que nosotros entendemos por una misión, lo mismo que cualquier otra empresa pública o privada en este país. Se denomina de la misma forma que en Europa, en realidad es un abuso de lenguaje aplicar los distintos nombres a cosas y acciones de la vida civilizada, a la que nos rodea aquí y deja generalmente una impresión errada en la mente. Estos misioneros chilenos están más necesitados ellos mismos de una influencia *civilizadora que capacitados para darla*. El padre dice que los indios creen en la existencia de un Dios y en un lugar de castigo y otro de recompensa, pero por lo que dice Molina, este era el caso cuando recién los descubrieron. El reconoce que no ha habido ningún progreso, que nunca asisten a misa y que tampoco hay asistencia ni siquiera de los chilenos de la vecindad. Sus servicios son requeridos cuando muere algún *chileno* y a veces también algunos indios lo han mandado llamar

⁴ Pase lo que pase.

cuando están por morir. Si quieren verdaderamente evitar o remediar alguna calamidad, sacrifican corderos acompañados de libaciones de sidra, los *caciques* ofician como sacerdotes en orden a su rango. El mismo ha presenciado más de una *rogativa* como él las llama. En Arauco me contaron que los indios de esa localidad habían hecho una *rogativa* unos meses antes y cuando oyeron que algunos chilenos iban a venir a presenciar la ceremonia, la hicieron temprano en la mañana, para que su eficacia no fuera anulada por la presencia de cristianos (*rogativa* para lluvia). En verdad el digno padre como no puede hacer nada más, vive en una especie de compromiso con ellos. Ellos lo consideran inofensivo y él se mantiene en buenos términos con los *caciques* y actúa en un doble papel de padre y comerciante. Se esforzó mucho para hacerme entender que pertenecía a una comunidad y por lo tanto no estaba satisfaciendo ningún interés personal. Por supuesto que me convenció.

Sábado, 18 de diciembre de 1852, en la noche.

Estoy escribiendo en el *aparejo* de la mula de José en un lugar despejado en el bosque que elegimos para pasar la noche. Estamos en la mitad del camino entre el Tirúa y el Imperial y el camino bien se merece la terrible fama que tiene entre los arrieros y los comerciantes de ganado, en realidad sobrepasa todo lo que hasta ahora he visto y el incesante ejercicio de todo el cuerpo haciendo a un lado o evitando ramas y coligües me ha abierto el apetito y la insinuación del *lenguaraz* que éste podría ser un buen lugar para acampar, fue recibida con gusto.

El padre Ortega me mandó decir el jueves por la noche que me iba a mandar un salvoconducto del viejo *cacique* tuapelino, pero lo hiciere o no yo estaba decidido a seguir. Me fui a las ocho de la mañana con la misma gente de antes. Después de visitar con mi guía, que es muy conocido por estos lugares, varios *ranchos* indios situados románticamente y después de cruzar el Paicaví tuvimos que atravesar la desembocadura del Lleullén. La marea estaba baja, después recorrimos diez o doce millas de playa hasta Cudico, las que galopeé en el *Overo* en una hora y diez minutos, otras colinas y playas y llegamos al Tirúa. Casa del *cacique* Felipe Pallao-visita de los de la Imperial y dormir al lado de ellos. He estado enterrado todo el día en un bosque, pero espero llegar mañana al Imperial. No puedo escribir más, la posición es difícil.

Nacimiento, 25 de diciembre de 1852.

El viejo *cacique* Pallao, en cuya casa pasamos la noche del diecisiete, era de aspecto muy villano, pero hablaba suficiente castellano por lo que pude interrogarlo sobre varios temas. Era la primera noche en una mansión araucana, era tan buena que su dueño debía ser un *ladino*. Había trabajado a bordo de un velero en la guerra de la Independencia y por eso estaba

acostumbrado a tratar con españoles. Todo su aspecto era el de un pillo, demostrado a través de su conversación, pero no me robó nada, gracias a mis pistolas y espada, que él me vio poner cuidadosamente debajo de la cama. Mi *lenguaraz* decidió pasar acá la noche, porque el anciano hombre hablaba un poco de castellano. Llegamos a los bancos de arena del pintoresco Tirúa y a la casa, temprano en la tarde: el viejo no estaba, pero una de sus esposas tejía un *poncho* cerca de la entrada del *rancho*. Pedimos permiso y luego se nos permitió entrar, la mujer empezó a barrer un espacio debajo de la *ramada* y a extender pieles en el suelo, para que nos pudiéramos sentar. Ellos hacen una curiosa ceremonia entre ellos, pero la evitan cuando hay visitantes españoles, pero fue presenciada por mí por primera vez al atardecer, con mucho interés, pero me terminó fastidiando antes de salir de sus territorios. Hacia la noche llegaron tres imperialistas (de la Imperial) y desde casi cincuenta yardas del *rancho* comenzaron a andar lento y en fila con sus caballos, hasta que estuvieron a pocos metros de la entrada. Después subieron y cuando Pallao se hubo levantado después de un rato, pidieron permiso para *alojar*. Esto nunca es negado. Después de haberse instalado, uno de ellos empezó a recitar una especie de refrán que duró media hora. Pallao respondió con el mismo tono monótono y la comida fue servida. El contenido de la larga historia contada hasta lo que logré entender por la explicación de Pallao y el *lenguaraz* era para explicar que todo estaba en paz en el lugar dejado por el que recitaba, que ningún accidente habían tenido en el camino y también para preguntar por los niños, esposas, familia, huéspedes, pero mucho de eso debe haber estado aprendido de memoria, por eso invariablemente repiten con gran rapidez y con un cierto vacío en la mirada, que demuestra que ha habido muy poco esfuerzo mental. Yo comprendí que cuando un asunto determinado es el tema, el grito de contestación tenía el propósito de darle descanso al declaradamente, yo le di la oportunidad de reponerse. La mayor parte rimaba como si pareciera estar escrita anteriormente, pero sin estudiar el idioma, no puede obtenerse información satisfactoria de este u otro tema; los *lenguaraces* son demasiado ignorantes para dar información; en efecto, muchos de ellos, empleados en Nacimiento son araucanos que han aprendido un poco de castellano.

La simplicidad de sus costumbres y el acostumbramiento al caballo, los capacita para desensillar y ensillar con mucha rapidez, como lo he visto en numerosas ocasiones y en este preciso instante los tres caballos están pastando y las tres *monturas* estaban en el suelo al lado de mi *almofrej*, en uno o dos minutos. No me gustó tenerlos como compañeros de noche, sobre todo después de las advertencias del *lenguaraz* contra sus tendencias al robo; y por eso le ordené a José que durmiera a mi lado. Yo no estoy convencido de que ellos sean tales ladrones como los *comerciantes* los describan, pero pienso que ellos entienden el *comercio* como un modo de sacar las cosas de cualquier manera como lo hacen sus maestros los chilenos, pero ellos no robarían nunca violando los derechos de

hospitalidad; en todo caso si su carácter cambia a este respecto, el cambio debe ser atribuido a los llamados cristianos quienes van ahora en cualquier estación y en gran número a comerciar entre ellos. Estos pertenecen en su mayoría al peor grupo de los chilenos y el contacto con ellos debe indudablemente confirmar el amor a sus propias costumbres y a su modo de vida y en su aversión hacia aquellos que pretenden ser sus profesores. Yo abandoné sus territorios y no perdí ni un alfiler, pero estuve todo el tiempo alerta y con uno o dos de mis hombres cuidando constantemente los caballos.

El viejo hombre era dueño de las canoas con las que pretendíamos cruzar el Tirúa. Temprano en la mañana después de desayunar huevos fritos, pan y café, que yo había traído, nos subimos a las canoas y los caballos cruzaron nadando. Al anciano le pagué con tabaco, cuchillos y lo dejé muy satisfecho.

Mientras cruzamos el río un *cacique* que vivía al frente nos salió al encuentro y se dio a conocer, diciendo que él sabía que veníamos de lejos. que había visto el brillo de las patas de los caballos la noche anterior, él debía tener excelente vista. Las herraduras de los caballos han sido objeto de un maravilloso interés de ambos, del joven y del viejo durante las últimas tres semanas.

Del Tirúa al Imperial hay dos caminos, el más corto que va cerca de la costa, llamado de los *Riscos*, el otro más largo el de los *Pinales*. Mi *lenguaraz* me aseguró que el primero era peligrosísimo y por supuesto me entregué a sus advertencias, pero es difícil convencerse que un sendero pueda ser peor y aún transitable que en el que nos encontraremos hasta la mañana del lunes. Esta es la única parte del camino entre Valparaíso y Valdivia que causa realmente ansiedad y es aún más temible para aquellos que lo tienen que pasar en invierno.

Empezamos internándonos en un bosque y seguimos por el lecho del Tirúa, que vadeamos once veces, después subimos a través de pantanos en donde los caballos se hundían hasta la rodilla; durante horas desafiando la resistencia de los pobres animales y la paciencia de los jinetes. Perc ésta era sólo parte de las dificultades; durante horas era necesario estar constantemente retirando los coligües o agachándose para pasar debajo de las ramas, saltando aguas, troncos o tratando de evitarlos y algunas veces todas estas dificultades se presentaban al mismo tiempo. Mis caballos se cansaban más que los de los otros, que estaban acostumbrados a los precipicios y pantanos y elegían con acierto el mejor camino y nos sacaban ventaja. Los dos que yo dejé para mi propio uso, cada uno conmigo arriba por su continuo forcejeo, pero pude salir del paso sin accidente. El *overo* empezó temeroso de todo lo que se le pasaba por el camino, pero sólo unos pequeños rasguños y finalmente una caída, mejor dicho un tropezón en un pantano, en el cual se cayó de lado, quedando mi pierna abajo, lo hizo ponerse más precavido. Finalmente, llegamos a la cumbre donde yo escribí

en el *aparejo* lo que tenía fecha del 18; y pasé una noche maravillosa sin pulgas ni indios y entre los árboles más grandes que hubiera visto jamás.

Al romper el día salió a nuestro encuentro el yerno de mi *lenguaraz*, Sebastián Peña, *lenguaraz* también y muy conocido entre los indios. Todos estos *araucanos*, como ellos se nombran, hablan los dos idiomas y algunos son mestizos. Todos ellos también usan pantalones de piel de perro o de terneros con el pelo hacia adentro, que son excelentes para el trabajo que tienen que hacer. Encontré a Peña más inteligente y conoce más del país que Sáez; me dijo que el lugar en que acampamos se llamaba *Piduco* que quiere decir agua de ciervos, *co* quiere decir agua. El arroyo que corría cerca de nosotros es de aguas claras y frías.

A pocos minutos de la partida llegamos a un lugar lleno de araucarias, verdaderamente el árbol más bonito de Chile que se encuentra solamente en lugares selváticos y altos de la *Araucanía* donde el terreno es pedregoso y húmedo. También pasamos por el lugar donde fue tomado prisionero el obispo Marán y cuyo destino se decidió después en un juego de *chueca*. Todo el día estuvimos metidos en pantanos, rodeados de arbustos caídos o semicaídos, monarcas de los bosques, que obstruían nuestro camino y cuando empezó a anochecer decidimos no continuar hasta la mañana, aunque estábamos cerca del Imperial y por lo tanto se aproximaba el fin de nuestras dificultades. Encontré un lugar donde antes otros viajeros habían hecho una especie de cubierta para la lluvia y yo aproveché esto, pues había una espesa llovizna.

Durante la mayor parte del día descendimos y cruzamos numerosos arroyos, pero no se veía otro paisaje que los inmensos árboles que nos rodeaban y los rayos del sol no habían penetrado por siglos en estos lugares. La isla de Mocha queda al frente del Tirúa y la estuvimos viendo durante todo el 17. La de Santa María está al frente de Coronel y Colcura y está arrendada por don Ignacio Palma.

Lunes, 20 de diciembre de 1852.

Nacimiento

Hoy día me levanté temprano y me preparé una taza de café en el fuego que los hombres habían mantenido encendido durante toda la noche, estaba ansioso de llegar al punto designado como límite de mi viaje, pero me demoré porque Peña y Sáez estaban contando plata para la compra de bueyes y ovejas. Los indios no le dan ningún valor al oro, por lo tanto, las compras tienen que hacerse con cuchillos, cuentas para collares o cualquier artículo de consumo o con plata que ellos funden y convierten en espuelas, estribos, anillos para los dedos, aros, frenos para los caballos y prendedores para las *mantillas*. Después de cabalgar más o menos dos horas en terrenos cada vez más abiertos, llegamos a ver el mar y poco después teníamos una vista maravillosa delante de nosotros. Se veía el Imperial serpenteando a

través de un valle tan fértil como la parte más verde de Inglaterra y la parte sur era realmente igual con sus árboles y arbustos en grupos y las pequeñas ondulaciones del terreno. Se veía la *cordillera* extendiéndose hacia el sur y varias cimas de montes cubiertas con sus nieves eternas y predominando sobre todo el volcán Villarrica. Las casas que se veían con sus cierres para los animales, daban un aspecto civilizado a toda la escena y hacían olvidar al espectador que se trataba de un país de paganos, polígamos, ignorantes de nuestros idiomas y credos y por lo tanto inocentes de nuestros crímenes. Tenía intenciones de atravesar el río y pedirle alojamiento a los monjes *capuchinos* que están al lado sur; por lo tanto pedí a mis guías que me llevaran directamente al *cacique* que es el dueño de las canoas. Al descender hacia la orilla del río presenciábamos una curiosa escena: alrededor de trescientos indios, hombres y mujeres, tenían una fiesta en una pradera, celebraban un juego de *chueca* y un homenaje dado por Curimil, *cacique* de Cuyinco. Cerca de ciento cincuenta *boroanos* habían cruzado el río para jugar con los *imperialistas* y para compartir su hospitalidad.

Nos acercamos lentamente hacia ellos. Curimil estaba demasiado ocupado para poder ayudarnos a cruzar en ese momento e incluso para hablarle, por eso tuve la oportunidad de presenciar este famoso juego y de compartir su hospitalidad.

Nuestra llegada no pareció despertar ninguna sorpresa, ni dieron señal de habernos visto hasta que Peña y Sáez reconocieron algunos conocidos en el grupo. Estaban sentados en una larga hilera y las mujeres estaban distribuyendo provisiones aparentemente bajo la dirección de Curimil y sus hijos. Mientras avanzaba por detrás de la hilera casi todos me saludaron con "*mai mai pañi*", a lo que yo por supuesto respondía. Al cabo de poco tiempo nos convidaron a desmontar y extendieron pieles para nosotros en el centro del círculo; los hijos del *cacique* nos trajeron carne asada, porotos y una *tortilla* de maíz. Yo sabía que todo lo que sirven tiene que ser aceptado y comido, siendo el *non plus ultra* de la mala educación, devolver un plato con algún resto en él, por lo que había prevenido a mi sirviente y a mi *lenguaraz* que tenían que hacer exactamente lo mismo que yo en cuanto a comida se refiriera, a lo que accedieron gustosamente. Pero su cocina me producía tanta repugnancia como para poder tragar algo, que en esta ocasión como en todas las que siguieron, a pesar de pasar hambre, no pude comer más que lo estrictamente necesario. Después de simular que comía dejé caer todo lo que me daban en las manos de Peña y Sáez sentados uno a cada lado mío. Sáez decía después que yo era un *padre* o a veces que estaba enfermo y que podía comer sólo lo que mi sirviente me daba. Así evité todos los problemas. El lugar en que estábamos a esa hora —mediodía— era un sitio abierto y expuesto a un sol implacable, esto me obligó a pedirle a Peña que me acompañara a la sombra de unos árboles que había cerca. Pronto empezaron a juntarse alrededor de nosotros buscando satisfacer su curiosidad tan pronto como habían satisfecho sus apetitos. Su celo y odio a los viajantes y españoles, impulsó a mi guía a decir que yo venía

de la misión de Tucapel y que iba a la de los capuchinos. Sus preguntas eran interminables y a veces sumamente ridículas.

Observé que todos los *caciques* tienen espuelas de plata y algunos también estribos, entre ellos había algunos con camisas y uno incluso con botas. La vestimenta de las mujeres es siempre la misma, un *chamal* y *mantilla* solamente, pero aquí y en Boroa no usan la *gargantilla* de los araucanos y tucapelinos; solo usan un collar de cuentas. Muchas de ellas estaban ligeramente pintadas alrededor de los ojos. Algunos *boroanos* tenían pelo castaño rojizo y piel clara; son indudablemente descendientes de mujeres españolas.

Como no teníamos otra oportunidad de que el *cacique* Curimil se dignara darnos audiencia, nos retiramos a un lugar ligeramente elevado bajo la sombra de un árbol desde donde yo podía inspeccionar toda la zona. Como habían venido todos a caballo, la oportunidad era magnífica para observar sus aperos y caballos. Los primeros eran muy similares a los de los chilenos, las riendas son casi todas inglesas, no así los estribos. A veces tienen estribos hechos en Chile, pero generalmente son los triangulares de madera, que, después de acostumbrarme a manejarlos, los encuentro excelentes. Sus *plateros* deben ser los mejores artesanos que tienen a juzgar por sus espuelas y estribos.

Poco después empezaron a levantarse y sacarse sus *ponchos* para continuar el juego de la *chueca*. Este se juega en un sitio plano de casi media milla de largo limitado a los lados por líneas paralelas dibujadas y separadas por tres yardas una de otra. Los límites están marcados con ramas y niñas paradas en el borde. Si la pelota sale fuera de la línea se empieza de nuevo, por lo que es difícil ganar o terminar el juego; cuando ya están por llegar a la meta lo único que tienen que hacer es echarla afuera y así obligar a empezar de nuevo. Al principio un grupo de niñas marchan a lo largo de la cancha, con un pandero, gritando algo que ellas evidentemente creen que es música, entonces se reúnen los jugadores en un círculo alrededor de ellas, juntan sus *chuecas* y las hacen sonar con furia emitiendo un sonido muy peculiar y al mismo tiempo hacen juntos un estruendo formidable. Las niñas ocuparon sus lugares y empezó el juego.

El viejo Curimil vino hacia nosotros, me dio la mano y empezó una oración que consistía en preguntas acerca de donde venía, si me iba luego y qué noticias traía de las lejanas tierras de donde yo venía. También me decía que todo estaba en paz en su tierra. Yo le contesté por supuesto con la misma minuciosidad, pero la incapacidad del *lenguaraz* para expresarse con fluidez era visible en todas las ocasiones como la presente, aunque Sáez es considerado de lo mejor que hay en Arauco. Después de conversar por algún tiempo, le regalé un cuchillo, un pañuelo, algo de tabaco y cigarrillos y le pedí que me atravesara el río, a lo que accedió y vino él mismo con otros dos indios a remar la canoa. Querían que les pagara por adelantado y dijo que tal vez al otro lado yo me iba a negar a darle algo. Pretendí indignarme de sus sospechas, lo que evi-

dentamente entendieron y nos fuimos inmediatamente hacia el río. El viento soplaba fuerte y mis caballos estaban extenuados por la difícil faena en el bosque y la falta de alimentos. El pasto en los bosques es pobre y débil. Me di cuenta de inmediato que no podrían nadar en un río así en ese estado o por lo menos quedarían totalmente exhaustos y no serían capaces de llegar a la misión de los *capuchinos* que quedaba muy lejos del Imperial. El viejo Curimil los miró y sacudió la cabeza, pensando lo mismo que yo. Resolví entonces salir por la ribera norte del río como lo había pensado originalmente, sin el descanso y la ayuda con que habíamos contado por anticipado, debido al buen tiempo de los días anteriores. José se veía deprimido, evidentemente estaba gozando de pensar que se iba a llenar el estómago donde los curas, lo mismo que había hecho en Tucapel. Sin embargo, ni él ni el *lenguaraz* sufrían de ninguna privación porque les gustaba la comida de los indios, mientras que yo estaba reducido a comer lo que llevábamos nosotros en muchas ocasiones y esto era solo pan, té o café, pero se me había acabado el azúcar.

Vi que era necesario solucionar esto, por lo que le pedí al *lenguaraz* que me comprara una oveja; José la mató y nos llevamos la carne. Mi pan se terminó luego; por lo tanto lo único que nos quedaba para cuatro o cinco días era cordero cocido. El primer pan que conseguí en Nacimiento me pareció mejor que cualquier otro que hubiera probado en París.

Nos pusimos en camino a lo que llaman el *Imperial Alto*, el puerto cerca de la desembocadura se llama el *Imperial Bajo*. A pesar de tener tanta hambre, el paisaje que estaba viendo era tan hermoso, que me hacía olvidar todo lo demás. En todas las partes que recorrimos en estos días, el río es distinto al Bío-Bío, Itata y Maule. Es muy profundo y rodeado de árboles y maleza. Finalmente divisamos la ciudad. Todo está cubierto de arbustos y pasto, pero parece haber sido bien escogido el lugar y es más grande que Cañete. Añoraba bajarme del caballo y buscar entre los arbustos alguna reliquia aunque insignificante, pero mi guía me imploró que no lo hiciera, añadiendo que si los indios me veían, me costaría la vida. Casi al llegar a las ruinas nos encontramos con el *cacique* Llancaleu, cuya casa andaba buscando Sáez para conseguir algo de comer y donde pasar la noche. Ellos se conocían y después de las preguntas de rigor sobre mí, nos llevó a su casa que quedaba cerca de las ruinas y del río. Llancaleu ha estado en Arauco y me pareció menos infantil en sus preguntas, que la mayoría de los *caciques* que he encontrado; sin embargo, se puso el sombrero de José y pidió con voz suave que le permitiera examinar mis espuelas. Hizo traer la montura y parecía orgulloso de descubrir como estaba amarrada la cincha. Tiene sólo dos esposas, ambas son mujeres robustas. Para ellas yo era un objeto de enorme curiosidad. Mantenían una charla interminable acerca de mí y mi vestimenta, parecían muy bien dispuestas, pero desilusionadas al escuchar que yo solamente comía lo que preparaba José. Una de ellas se acercó y examinó mi cara de cerca, dijo que pensaba que yo era de allende los mares y que mi madre había sido una mujer muy linda. Una de ellas me trajo un plato de porotos que en-

contré comible y así les di el gusto de encontrar algo que podía comer. Compré, sin embargo, un cordero a un vecino, por media docena de dedales de bronce. José lo mató y descueró, me dio de comer hasta que llegamos a la frontera. A pesar de que tanto en ésta como en las otras casas donde alojé nos trataron cariñosamente, por lo menos las mujeres, era fastidioso ver como siempre pedían más por cualquier cosa que se les daba. Era muy difícil sacar una pequeña cantidad de cualquier cosa en su presencia, pues si veían que había más no dejaban de importunar. Cuando se acercó la noche hice preparar mi cama afuera prefiriendo dormir, *sous les belles étoiles*,⁵ al riesgo de pulgas o algo peor en el interior. El preparar la cama atrajo la atención de toda la casa, algunos examinaban las sábanas otros las almohadas y de nuevo pasó lo mismo en la mañana. Estuve tan bien atendido al levantarme como nunca lo estuvo Luis XIV.

Esta fue la última vez que me saqué los pantalones y la camisa hasta que llegamos a Nacimiento. En la casa había un jarrón inglés enorme, evidentemente de algún barco, mis guías me aconsejaron no darme por enterado, podría haber pertenecido al barco *Joven Daniel* que había naufragado dos años antes en la costa y toda la tripulación había sido cruelmente asesinada.

Martes, 21 de diciembre de 1852.

Nacimiento.

Como hoy queríamos hacer un trayecto corto, subir por el valle a lo largo de la ribera del río hacia el este, me levanté con calma, pero los indios me molestaron demasiado como para poder sacar mi maleta y toalla. Mi honorable amigo Llancaleu también se iba hacia Arauco con diez *moce-tones*. Con él le mandé unas líneas a Pomar y también una carta de Peña dirigida a su hermano respecto a unas espuelas de plata que se habían robado de la casa de un *cacique* que vivía en la cercanía; los *mozos* que habían acompañado al hermano de Peña en una excursión reciente. Es de extrañar el odio de los indios por los que debían ser sus civilizadores.

Después de un caluroso apretón de manos con Llancaleu y un *adiós* de todos los miembros de su familia, partimos acompañados por un *cacique* que parecía centrar toda su atención en este momento en una pieza de plata, que le había regalado recién Peña, el que me imagino esperaba recibir una media docena de cabezas de ganado por ella. Como lo vi echar miradas a su nueva adquisición fui hacia él. Llamé a un *lenguaraz* y le hice numerosas preguntas al respecto. Le pregunté, finalmente, si quería venderlo. Preguntó mirando curiosamente de reojo que cuanto le daría. Y cuando le ofrecí mis espuelas nuevas que habían sido la admiración del día de toda la comitiva, tuve verdadero terror de que aceptara, pero movió su cabeza

⁵ Bajo las bellas estrellas.

con aire de triunfo y me dijo que no era en serio. Desde ese momento nos hicimos grandes amigos.

El campo que atravesamos en ese momento está lejos de tener aspecto abandonado. Se veían numerosos piños de ganado y rebaños de ovejas. En una enorme pradera, propiedad de un *cacique*, conté más de cien yeguas. La mayor parte de ellas eran *cuyanas* y estaban marcadas. La mayoría de los caballos también tenían marcas de Mendoza. Parece que estos indios chilenos van muy seguido a la *otra banda* en expediciones de saqueo. A varios les escuché el mismo tema de conversación. Hablaban acerca de un *malón* que recién habían hecho en un lugar llamado *Blanca Barriga*, del cual haré averiguaciones más adelante.

Peña me contó la historia de una pobre mujer, Juana Alvarado, a quien encontró agonizando en la casa de un *cacique* hace más o menos siete u ocho años. La habían traído de San Luis de uno de sus *malones* y nunca la fueron a buscar. En su lecho de muerte le contó su historia. Parecía morir con el corazón deshecho. Me mostró un lugar denominado el "Convento", donde la hizo enterrar y donde dice la tradición que los españoles tuvieron un convento, antes de la destrucción de la ciudad.

Es una desgracia para los chilenos tener la parte más fértil y hermosa de su territorio ocupada en esa forma por ladrones que la usan como una guarida, después de saquear el territorio vecino, cruzando a través de los Andes por pasos apenas conocidos, excepto por ellos. Mi *lenguaraz* quiso llevarme a la casa de un *cacique*, donde una de sus esposas es su prima. Llegamos como a las tres. La casa está ubicada cerca del río y el *cacique* tiene canoas para cruzar a Boroa que queda al frente. En esta parte los Andes se veían todavía muy lejos, debe haber un inmenso valle intermedio, que no es tan fértil como la parte central y occidental del país. En este momento estábamos muy cerca de la unión del Cholchol con el Cautín que después se denomina Imperial.

Todas las casas son muy parecidas, no tienen trabajo en fierro ni en madera y a pesar de que no se podrían llamar casas en el sentido europeo son muy superiores a los *ranchos* de los campesinos chilenos, y en las de los *caciques* hay una abundancia de alimentos que para los chilenos es desconocida. No vi mantquilla ni queso, pero una de las esposas del viejo Acha-do me dio leche hervida apenas llegué. El *rancho* nunca tiene más de una pieza y generalmente mide veinticinco a treinta yardas de largo por ocho a diez de ancho. Vi el esqueleto de una casa nueva, consistía en un perfecto paralelogramo de seis pies de alto formado por cuarterones y vigas apoyadas en un pilar de cumbre que se extendían a todo lo largo. El conjunto está firmemente amarrado. Nunca tienen más de una entrada, que está siempre en una esquina y tiene dos aperturas, una a cada lado para el humo. Al entrar se ven muy espaciosas, pues se domina todo el largo. Cada esposa o pariente hace una división con *coligües*, en donde ponen camas, pero los *coligües* nunca están tan juntos como para impedir la vista a través de ellos. Todo esto está cubierto por fuera con una paja muy especial ama-

rrada en gavillas, lo que las hace completamente impermeables al viento y a la lluvia, lo que le da una apariencia ovalada, mientras no sea en el interior. Los fuegos se hacen hacia el centro, generalmente cada esposa tiene uno distinto, pero esta regla no se observa estrictamente.

Como llegamos tan temprano a la casa de Achado, caminé hacia el río por la llanura que se extiende a su orilla; me sentía dichoso con el verdor que me rodeaba y con la vista del Villarrica y de otros volcanes. La casa de Achado estaba llena de esposas, hijos e hijas, pero no los encontré tan molestos como los de la última casa en donde estuvimos, tal vez porque evité cualquier familiaridad y por su parentesco con Sáez. El tiempo desde que dejamos Arauco había sido favorable. En realidad este viaje en cualquiera otra estación sería imposible. El viento frío empezó a soplar del norte y el cielo amenazaba lluvia. El viejo Achado me llamó hacia el fuego, puso la mirada más dulce que podía permitir esa cara de villano y me rogó que le abriera mi corazón, que le contara *los pensamientos de mi corazón*. Le di una respuesta evasiva y le pregunté acerca de su historia, sobre los *lenguaraces*. Parece que era un conocido *malonero*. Me di cuenta que mantenía un ojo cubierto por un grueso mechón de cabellos y estuve tentado de preguntarle por qué; por supuesto no a él sino a los otros, en castellano. Algunos años atrás un hermano suyo, tan rico y poderoso como él y que vivía al otro lado del río, tuvo una pelea con él en una fiesta y en la lucha con *bolas o laque* perdió un ojo. Se demoró mucho en reponerse, pero el deseo de venganza sobrepasó al tiempo que requirió su recuperación. Apenas se sintió bien, reunió a su gente, cruzó el río de noche, sorprendió a su hermano durmiendo y lo asesinó con sus propias manos. Después quemaron la casa, se llevaron las mujeres y los niños y arrastraron todos los animales hacia sus propias tierras. En la casa de este hombre de amable carácter estaba destinado a pasar la noche más desagradable de todo mi viaje. Saqué mi cama y la extendí debajo de un árbol que me protegía algo del tremendo norte que estaba soplando, decidido a mantenerme afuera mientras no lloviera. La noche era oscura como una boca de lobo y los indios no usan otra luz que los fuegos. Hacia las once vimos dos personas que cabalgaban hacia la entrada, armados con lanzas y después que la ceremonia de rigor hubo terminado empezaron un *harengue* [arenga] que según me explicó Sáez era un mensaje de los amigos de Achado, informándole que un *cacique boroano*, a quien él le había robado ganado, le iba a hacer un *malón* esa noche. Una actividad extraordinaria pareció apoderarse de todos ellos, las mujeres y los niños se juntaron rápidamente alrededor de los fuegos, los *mocetones* aparecieron como por arte de magia, armados de lanzas, pero yo no escuché ninguna orden o voz de mando; el viejo parecía tan sereno como cuando nos recibió a nosotros en la tarde. Sáez y José, que dormían cerca de mí, se levantaron, pero Sáez dijo que no corriamos peligro, que si venían sabrían que éramos extranjeros y que por la explicación que él iba a dar no nos harían nada. Me pareció muy problemático que fueran capaces de hacer tal distinción en una noche tan oscura, pero como no ha-

bía remedio y Sáez me aseguraba que no podíamos hacer nada peor que tratar de viajar de noche, resolví soportar el chaparrón. Tenía un revólver de seis tiros y una pequeña espada. Justo en este momento empezó a llover y tuve que permitirle a José que pusiera la cama y el *almofrej* bajo cubierta, en un rincón cerca de la entrada. Me acomodé en la oscuridad y desde allí podía observar todos los movimientos. A cada lado de la puerta dos individuos de aspecto siniestro estaban sentados de piernas cruzadas y muchos otros mantenían vigilancia afuera moviéndose todo el tiempo. El viejo, mientras tanto, no dejaba de hacer movimientos diplomáticos que le daban la oportunidad de conocer los movimientos de sus enemigos. Mandó a un hijo y a un sobrino con un mensaje en el que decía que él no era el ladrón.

Apenas llevaba acostado un momento en la cama de *coligüe* cuando un pícaro de cabellos largos vino arrastrándose buscando algo debajo de la cama, hasta sacar un viejo *sable*. Tres de ellos estaban hincados alrededor del fuego afilando los *sables*. No pude dejar de pensar en cuán felices serían si consiguieran el magnífico *sable* que yo tenía escondido debajo de mí. Sáez estaba muy inquieto y se movía de un lado a otro. Le dije que todo terminaría en humo, que fue justo lo que pasó para gran molestia mía, debido al fuerte viento. Los mensajeros llegaron al amanecer y dieron cuenta de que el ataque se había postergado para otra oportunidad. Entonces pudimos dormir algo. La lluvia caía con suficiente violencia como para detener una expedición más importante que la de los vecinos de Achado.

Miércoles, 22 de diciembre de 1852.

Después de la tormentosa y horrible noche, todos durmieron hasta tarde, y como seguía la lluvia nos impidió cualquier movimiento hasta tarde. Peña nos había dejado el día anterior, sus negocios lo llevaban a otros lugares y Sáez no tenía contactos en el camino de Imperial a Nacimiento y no había estado allí nunca. Me decepcionaba un poco que no lo hubiera dicho en Arauco, pero como prometió buscar algún pariente indio que nos acompañara y que él se postaría bien no le di mayor importancia. Lo encontraba demasiado deseoso de quedarse siempre donde estábamos y tuve cierta dificultad para sacarlo de donde Achado, alrededor del mediodía. Sáez quería esperar que llegaran dos indios que habían venido a defender a Achado y se volvieron a sus hogares que quedaban en nuestro camino, en la casa de uno de los cuales pensábamos pasar la noche, pero yo insistí en partir y dejar que nos alcanzaran si querían viajar con nosotros. Hicieron esto último. El día estaba lluvioso y estábamos empapados, no había dónde guarecerse. Prevalcían los rasgos generales de la fisonomía del país. Incluso aquí los valles y lomas que quedan entre la cadena de montañas de la costa y la cordillera no tienen grandes árboles y tienen un aspecto monótono. Pero nada puede sobrepasar la belleza del Cholchol, que era la ruta que seguíamos hoy. Igual que el Imperial y del cual es afluente, es muy

profundo y sus bordes están cubiertos de árboles y arbustos, totalmente distintos a los ríos torrentosos y llenos de piedras del norte. Conseguí hacer que un indio de los que iba con nosotros me hablara acerca de sus *malones* al otro lado de la cordillera. Parece que la idea es ir a vender *ponchos*, aperos para caballos y comprar sal de los *pehuenches* y entonces de repente se juntan en un lugar donde haya bastantes caballos o ganado y donde los dueños están lejos y se llevan todo lo que pueden. Tienen grandes pérdidas por la necesidad de moverse rápido y los malos caminos de la cordillera.

Más o menos a las cuatro de la tarde llegamos a la casa del viejo y ciego *cacique* Quilaleu, padre de uno de los indios que iba con nosotros, quien vivía en casa de su padre, pero todavía no era *cacique*; tenía dos esposas. Eran hermanas y la joven llevaba casada muy poco tiempo. Me contó que le había costado muy cara, doce bueyes y tres caballos con sus monturas. Esta casa era más pequeña que las de Imperial y, sin embargo, llena de personas. El viejo ciego y su esposa arrugada con cara de bruja, me eran altamente repulsivos, por lo que decidí no pasar la noche en la casa a pesar de la lluvia. Había unas ruinas de otro *rancho* cerca; nos pusimos a trabajar con José para tratar de cubrir un pequeño espacio y hacer fuego. Aquí pasamos una no muy confortable noche; el viento fuerte dejaba pasar la lluvia por todos lados. También me hubiera gustado estar solo para mirar los mapas, pero los indios llegaban inmediatamente al refugio; en realidad no nos dejaban ni un momento solos. Parecían no fijarse en lo que hacíamos, pero cuando Sáez volvió poco después a la casa, el viejo empezó a alegar porque le traían a sus tierras a gente de esa raza odiada del norte. Quién sabe, gritaba, si este es un *brujo* que va a dejar sus males para destruirnos y varias cosas más. Como era ciego y, por lo tanto, inofensivo, excepto si daba órdenes y como su esposa y su hijo no decían nada, pensé que lo mejor era ir hacia ellos y calmar al viejo con un regalo. Después de sentarme al lado del fuego saqué regalos para todos. Al viejo grñón le di un cuchillo y con eso se tranquilizó.

Muy cerca de donde pasamos la noche, había una tumba de un *cacique*. Lo entierran con el apero del caballo, espuelas y todo. Matan a su caballo favorito, estiran la piel con estacas y la cuelgan sobre la tumba. Esta estaba colgando con su lanza en un costado y una cabeza rudamente tallada en la punta del poste. El viento fuerte hizo balancearse y crujir el monumento durante la noche. También entierran provisiones y bastante *chicha* junto con el cuerpo para que tenga durante el largo viaje.

Jueves, 23 de diciembre de 1852.

Escritos en Nacimiento

El lugar donde pasamos la noche se llama Rumulhue y figura en el mapa de Molina como un río; es un pequeño estero. En la mañana, mojado

y con frío como estaba, y a pesar de los esfuerzos de Sáez para retardarme, decidí que era mejor pasar la lluvia en movimiento que quedarme en ese miserable cobertizo. Partí solo, le dije que esperara al indio que nos iba a acompañar a Nacimiento y que me alcanzara más tarde. El río Cholchol se nos aparecía continuamente y finalmente lo atravesamos. Más tarde, durante el mismo día cruzamos el Quilín que queda al este del Cholchol. El campo era muy semejante al que queda entre Melipilla y el Cachapoal, solamente más verde y con más árboles. Los enormes *robles* de la costa no se ven en ninguna parte.

No puedo reconocer en los malos mapas que tengo, varios de los lugares que recorrimos hoy día y como ni Sáez ni Quilaleu conocían esta parte del país, tampoco ellos me pudieron dar los nombres de los esteros y los diferentes parajes que recorrimos. Pronto me di cuenta de la diferencia entre viajar en partes donde Sáez tienen amistades con los *caciques* y en las que él ni Quilaleu han estado antes. Tenían que contestar a todos los gritos desde todos los *ranchos* preguntándonos quiénes éramos, de dónde veníamos y hacia dónde nos dirigíamos. En verdad en este momento me empecé a cansar de mi viaje. Mi curiosidad estaba saciada después de tantos días de intercambio con los indios, en todos los aspectos de su vida, y las privaciones que había que soportar eran grandes. El tiempo continuaba húmedo y frío. Yo no me había quitado las botas desde que dejamos el *ranchito* de Llancaleu el día 20, ni mis ropas desde que dejé el *ranchito* chileno en el Paicaví el día 16. El pan y el té se me habían terminado y no conseguía ninguna comida que yo pudiera tragar fuera del sucio cordero que llevaba el *lenguaraz*, por indicación mía debajo de su montura. Sin embargo, si no hubiera afectado mi salud, no lo habría anotado en el libro, pero nunca sané de mi diarrea y no había ninguna esperanza de descanso, buen alimento o facilidad para lavarme hasta llegar a Nacimiento. Sáez y Quilaleu tenían mucho miedo de ser atacados en esta parte del país y le habían contagiado algo de ese miedo a José, quien empezó a decaer por esto y por el incesante cabalgar y la falta de buena comida y descanso. Por lo tanto, yo disimulaba mi propio sufrimiento, conversaba, bromeaba y los entretenía todo lo que podía.

El *huaso* chileno y el *peón* nunca se quejan ni se dan por vencidos mientras su *patrón* aguante, tal como lo pude comprobar en este viaje.

Teníamos que pasar por las tierras de la casa de un *cacique* que tenía muy mala fama. Durante algún tiempo obligaba a los comerciantes que caían en su camino a pagar una especie de tributo. Como el tiempo estaba malo, decidí no seguir hasta su casa, sino mandar a Quilaleu a saludarlo ordenándole al mismo tiempo que su visita fuera lo más corta posible y quedarnos con Sáez y José como a cincuenta yardas de la cabaña. Quilaleu se acercó a la entrada y se presentó al dueño observando al pie de la letra sus costumbres. Vimos al *cacique* y a otro indio recibirlos con aparente cortesía, pero evidentemente empezaron una discusión acerca de algo. Como estaba lloviendo me impacienté y le dije a Sáez que fuera a ver cuál

era la causa de la demora. Fue y con gran disgusto vi que también se quedaba discutiendo con el *cacique*. Parece que los dos tenían temor a que yo me negara a su demanda, cualquiera que ella fuera y estaban discutiendo para impresionar al salvaje de mi importancia y de que sería una imprudencia imponer cualquier exigencia. Finalmente Quilaleu se me acercó con mucha calma repitiendo la palabra *cuchillo*. Al principio me negué decidido a soportar su reacción. Mandó a un niño que estaba tendido a su lado a llamar a sus *mocetones*. Sáez volvió con mirada suplicante, rogándome a que cediera a lo que pedía el indio. Quería un *cuchillo* para él y otro para su hijo y si no que me devolviera por donde había venido y que no pasara por sus tierras. Y si seguimos, ¿qué nos van a hacer? Quitarnos por lo menos un caballo fue la respuesta. Y ¿si le disparo y lo mato? *Entonces moriremos todo Señor* contestó Sáez con toda calma y frialdad. Cuando reflexionaba sobre la imposibilidad de arrancar en caso de que matara a alguien, sin perder mi mula y mi equipaje y en la misma imposibilidad de ofrecer resistencia a la numerosa cantidad de personas que me perseguirían; evidentemente no había posibilidad de negarse y tenía que hacer algo inmediatamente. Pero como estaba decidido a no ir yo adonde él, le ordené al *cacique* que viniera a mí. Montó en su caballo y acompañado de un solo indio se acercó lentamente y me saludó de la manera usual.

Tengo que hacer una observación. Los *lenguaraces* son todos comerciantes y tratan de mantenerse en buenos términos con los indios a cualquier costo. Esto lo empecé a descubrir al final de mi viaje, además que Sáez no siempre traducía literalmente sino que se esforzaba en realzar el mérito del regalo que yo hacía para que lo tuvieran en cuenta cuando él volviera después de dejarme en Nacimiento. Todo este estilo de comportamiento era más suave de lo que a mí me gustaba. Le había permitido arreglar y dirigir todos mis movimientos en lo que se refiriera a contacto personal con los indios, pero ahora estaba decidido a seguir mis propias ideas, habiendo observado en varias ocasiones el efecto positivo de moderar mi contacto con ellos, pero manteniendo mi firmeza.

Tan pronto como el *cacique* hubo saludado, yo le pedí a Sáez que tradujera todo lo que se decía, dándole una mirada significativa con lo que rápidamente me siguió en la conversación. Yo les mostré mi pasaporte y con voz fuerte les dije que yo andaba visitando el país, bajo la protección del gobierno chileno y que si un solo pelo de mi cabeza era tocado, todo el país se iba a cubrir de vengadores. ¿Estamos en guerra o en paz? pregunté. En paz contestó él rápidamente. ¿Por qué entonces le pides tributos a un pasajero? Contestó que yo era rico y él era pobre y que además yo era dueño de muchas cosas y que él de pocas y que lo que él pedía por lo tanto era poco. Yo le dije que no era un traficante y que no llevaba cuchillos, pero como él era pobre le daría alguna otra cosa, le ordené a José que le diera tabaco y un pañuelo. Me descó después un buen viaje y dándome su bendición partimos. Los *mocetones* armados con lanzas estaban casi todos reunidos a la salida del *rancho*, pero no nos causaron más molestias.

Estábamos en la duda de dónde pasar la noche, porque no conocíamos esta parte del país y a causa del peligro de que nos robaran nuestros caballos en la noche, decidí elegir un *rancho*, o alguna choza antes de que se oscureciera demasiado. El tiempo continuaba húmedo y frío y no teníamos nada para comer. Finalmente nos encontramos en una cañada donde habían dos chozas, y como parecía haber pasto cerca le pedí a Quilaleu que preguntara por alojamiento. Como él era un extraño viajando con españoles, le parecía muy necesario seguir con precisión el típico ceremonial en estos casos; empezó a hablar desde una gran distancia y cuando fue otorgado el permiso subimos a un pavoroso lugar; los indios estaban pintados horriblemente, era una costumbre aparentemente usual en esta parte del país. Tan pronto como hubimos desmontado, Quilaleu empezó el monótono ritual que yo creí nunca terminaría, el indio pintado contestando en el mismo tono desde su cama de *coligües*, donde se encontraba recostado. Los dos se esforzaban efusivamente en este estilo que habría sido la envidia de los jóvenes de mi país.

Era imposible siquiera pensar en pasar la noche afuera, por el tiempo, por eso entré mi *almofrej* y lo tiré cerca de la entrada, desde donde podía mirar a los caballos que pastaban cerca de la choza. Después de comer huevos cocidos pasé una buena noche y empecé temprano a prepararme para partir. Al ver una vaca en la otra choza mandé a una muchacha por leche y le di por esto algunas cuentas para collar. Vino una vieja hechicera que me había vendido los huevos y me dejó en una silla las cuentas que le había dado la noche anterior, alegándome que le había dado menos cuentas que a la muchacha. De inmediato las boté y me negué a darle algo más. Rumoreó bastante más de lo que Sáez me hubiera traducido, pero empezó a recogerlas una por una y por supuesto no dejó ninguna en el suelo. El indio me miró sin hacer ninguna observación y poco después le di tabaco y un cuchillo y demostrándoles que lo que me molestaba era la actitud que habían tenido conmigo y no el valor de las cosas.

Viernes, 24 de diciembre de 1852.

El camino seguía ahora paralelo al de [río] Vergara, pero tuvimos gran dificultad para encontrar el sendero correcto. Finalmente nos encontramos con un indio que hablaba castellano, que iba a Nacimiento; me dejó guiar por él y después de un largo galope logramos llegar al lugar que él recomendaba para pasar la noche. Lo único que conseguimos fueron cerezas. Sacamos muchas de los árboles. El lugar estaba justo al frente del antiguo Angol y los árboles plantados por los fundadores todavía existen. Pasé esta noche al aire libre. Quilaleu durmió al lado mío y varios mestizos de mirada sospechosa, un poco más alejados. Dejé cerca mi espada y mis pistolas. Como nos quedaba solamente un día para llegar a Nacimiento y la luna brillaba como solamente se ve en este país, pasé una noche feliz, agradecido de haber escapado de tantos peligros y deseoso de escuchar qué

había pasado en el mundo civilizado durante mi ausencia. No comimos nada más que cerezas antes de partir.

Sábado, 25 de diciembre de 1852.

Había calculado llegar a Nacimiento el día de Pascua, cuando salimos de Arauco, había hecho grandes esfuerzos para lograrlo durante estos últimos días entre los indios. La necesidad de alimentos y descanso sobrepasó mi curiosidad por la parte del país que atravesábamos esta mañana, que fueron como treinta millas. Como a las diez de la mañana nos alcanzaron dos *caciques* y varios ayudantes que llevaban dos caballos a las carreras que iban a tener lugar cerca de Nacimiento el domingo 26. Usaban enormes espuelas de plata y cierta cantidad de plata en la cabeza del freno y en las riendas. Le pedí a Sáez que les contara cómo el *cacique*, cuyo nombre había olvidado, nos había parado y pretendió extorsionarnos, a lo cual ellos, por supuesto, demostraron indignación, porque estaban a punto de encontrarse entre la genta de Nacimiento para las carreras. Uno de ellos me contó que ellos tendrían que pagar caro lo que él estaba haciendo. Después de galopar largamente por el plano polvoriento y bajo un quemante sol, obtuvimos finalmente una vista de Nacimiento, o por lo menos de un fuerte; que es el monumento más prominente que hemos visto al arribar a algún lugar. Está situado en una elevada plataforma a cien yardas de la unión del Vergara con el Bio-Bío, y es verdaderamente una posición bien elegida. El fuerte está justo en la orilla del río Vergara y en la parte más ancha para cruzarlo, al que llegamos alrededor del mediodía. El sonido del idioma castellano alrededor mío y el espectáculo de gente cruzando en tenidas de vacaciones, especialmente las mujeres, despertaron en mí agradables sensaciones. Los lanchones y la orilla estaban repletos, por lo que tuve que esperar algún tiempo, antes que pudiéramos obtener alguno. Viendo pan y queso a la venta en un puesto, mandé a José que comprara e hicimos una fiesta que yo creo va a permanecer en nuestras memorias. El pan era el mejor que habíamos encontrado fuera de Valparaíso. José y el intérprete nos ayudaron a cruzar. Yo tenía una carta para el gobernador don Bartolomé Sepúlveda, pero como él no estaba, le presenté otra a don Joaquín Contreras, *comerciante*, y fuimos amablemente recibidos. A pocos minutos de que yo hubiera entrado en la casa, fui visitado por Onfray y Regnaud y dos frailes italianos que habían estado entre los indios y que por lo menos habían atravesado el país desde Valdivia a Nacimiento.

Quilaleu no demostró ninguna sorpresa ni asombro ante la variedad de objetos que tienen que haber sido novedad para él, pero conservó una actitud digna, que se podía deber o a una incomprensión o intencionadamente. Tal vez en lo que más se nota la simplicidad de carácter de los europeos del norte es en demostrar su ignorancia y su ansiosa curiosidad cuando están en contacto con objetos o modos de vida extraños para ellos. Podría ser que el egoísmo de estos sudamericanos siempre sobrepasa a todo

otro sentimiento o sensación, de manera que nunca sean afectados en demasía por causas externas. Hay que notar que el dominio sobre sí mismos, su facilidad de expresión y su simpatía en su trato personal, son siempre dirigidos hacia su propio interés, sin frenos religiosos ni morales. En cuanto a las clases bajas entre los *chilenos*, lo que llama más la atención es la estupidez y en las clases altas el orgullo ilimitado y el egoísmo. Su carácter, rasgos de organización demuestran que no hay diferencia entre ellos y los araucanos excepto en el lenguaje. Quilaleu parecía tenerme gran respeto. Me quedé en Nacimiento desde el día 25 de diciembre hasta el miércoles 29, en los que nos despedimos incluso con afecto. Conseguí echar los caballos a un buen potrero, bien cercado pero con cierto miedo a que me los robaran. A lo largo de toda la frontera nadie le da mucha importancia al robo de caballos. Durante estos tres días me dediqué a escribir en este diario, hice lavar mi ropa, me dediqué a descansar y dejé que José hiciera lo mismo. Sáez y Quilaleu se fueron el lunes. Los dos estaban bastante afectados por dejarme. Sáez derramó sus lágrimas y el indio apretaba mi mano y me llamaba repetidamente hermano y que esperaba verme en su tierra algún día de nuevo.

Nacimiento está en un sitio maravilloso y desde el fuerte hay una vista inigualada hasta el momento. Se alcanzan a dominar de norte a sur más o menos 200 millas de la cadena de montañas, incluyendo los volcanes Antuco y Villarrica. Además el enorme valle con los dos ríos que se unen aquí se alarga hacia el sur sin un límite visible. El clima es tan agradable como sano. Tiene entre 1.500 y 1.600 habitantes y está formado al igual que Arauco principalmente por emigrantes de otras partes de Chile. Tiene un aire de actividad y negocios completamente distinto de los pueblos más antiguos. Me contaron que habían como cien barcazas que se ocupaban en el comercio con Concepción y estuve en contacto con muchos compradores de madera. Aun el chileno es superior como emigrante a lo que había sido si se hubiera quedado en su ciudad natal. La diferencia entre Nacimiento y la vieja capital, Los Angeles, es notable.

En esta última hay numerosas familias pobres y flojas que viven de sus antepasados y del producto de pequeñas propiedades suficientes para mantener escasamente la subsistencia y que desprecian al comerciante. Estos duermen tres o cuatro horas diarias de siesta y se reúnen para la *tertulia* de la noche. En cambio, en Nacimiento, me contaron que nadie duerme durante el día. Colipí se construyó una casa en Nacimiento y trató de introducir costumbres civilizadas en su hacienda cerca de Purén, la que crucé y que está abandonada desde su muerte.

Miércoles, 29 de diciembre de 1852.

Como la distancia entre Nacimiento y Los Angeles es solamente de siete a ocho leguas, salí alrededor de las dos de la tarde pensando llegar al anochecer. Pero como teníamos que atravesar los dos ríos y a los caballos en lanchones se nos hizo cerca de las cuatro cuando nos pusimos en camino.

El Bio-Bío es muy ancho y, por lo tanto, poco profundo por lo que tuvimos que cabalgar unas setenta u ochenta yardas y ahí recién embarcar los caballos. Le dije a José que guiara los mulas con cuidado, siguiendo a los lugareños para no mojar el equipaje. El botero nos indicó el camino a seguir, yo confiado en su conocimiento del lugar seguí sus instrucciones, pero no me había separado veinte yardas de la orilla cuando mi caballo empezó a tropezar en la arena. Me di cuenta que estábamos en peligro y como sabía que manteniendo la calma y andando lento encontraríamos nuevamente tierra firme, le dejé hacer su voluntad. El descanso en un buen *potrero* había restablecido al *Demonio* y pronto salió del paso con un paso tan liviano como el mío. Estas arenas movedizas son muy traicioneras y parece haber hoyos con tierra firme hasta la orilla, por eso es imposible evitarlos, pues cambian de lugar después de lluvias fuertes, o crecidas del río. Cuando hay tráfico constante de vehículos y animales en los canales o corrientes pequeñas, se endurece el suelo y no se forman estas arenas, pero incluso en ellas hay peligro de salirse de la huella. En una ocasión vi a mi sirviente y tres caballos, tropezar y caer a sólo unas pocas yardas de donde yo estaba en tierra firme, por insistir, a pesar de mis recomendaciones, en dejar la huella en el *estero* de Viña del Mar. En este caso yo solo me mojé un poco, le pedí a los boteros que uno de ellos fuera a pie por delante hasta la lancha y subí a los caballos después de forcejear un poco y mojarme.

Al desembarcar me encontré en el fundo del General Bulnes, Santa Fe, y después de cabalgar cerca de una hora a través de un bosque que nos protegía de un calor horrible, llegamos a una gran planicie que continuaba en forma casi ininterrumpida hasta la *Cuesta de Chacabuco*. Era la más grande extensión de tierra plana que yo había visto. En el norte es angosta pero al sur del Maule tiene cuarenta a cincuenta leguas de ancho y la cordillera de la costa se ve solamente en los días muy claros, desde los pies de la cordillera de los Andes. El inmenso vestido de nieve de la cordillera de los Andes con sus picos de variadas formas y alturas daba la sensación, cuando el espectador miraba de norte a sur, de inclinarse hacia él y formar una media luna, pero esto es sólo una ilusión óptica al no haber deslindes al norte ni al sur. Se veía sólo la cima del volcán Antuco, pues otras montañas lo tapaban por este lado, pero se notaba porque era negro y rodeado de otros cubiertos de nieve.

Me vi obligado a mantener un paso rápido para llegar a Los Angeles antes que oscureciera y apenas lo logré. A pesar de llevar una carta para el gobernador don Erasmo Jofré decidí presentar la que llevaba a don Santiago Regnaud, cirujano del ejército, a quien había visto en Los Angeles. Se las había arreglado para hacer un molino y ejercer la medicina y convertir treinta a cuarenta mil dólares en un gran capital en estos retirados lugares. Le llevé también la carta del Intendente de Concepción al gobernador don Erasmo Jofré. Fue muy gentil y me ofreció su casa, pero como había muchas pulgas, resolví quedarme con el francés.

Jueves, 30 de diciembre de 1852.

Después de desayunar ordené que ensillaran los caballos y estaba a punto de partir cuando llegó el gobernador a informarme que había recibido una orden del Intendente para seleccionar dos o tres personas responsables para visitar el volcán Antuco y el lago Laja para ver qué había de cierto en los rumores que circulaban en cuanto a que la lava había cerrado la salida del río desde el lago. Le dije que iría si me conseguía caballos para mí sirviente y para mí mientras los nuestros descansaban, a lo que accedió de inmediato y acordamos salir mañana. Pasé el día visitando el fuerte y algunos jardines. No he visto un ejemplo más completo de un pueblo chileno. El fuerte había sido firme y grande. Con suficiente capacidad como para que cupiera toda la población cuando los indios hacían alguna incursión. Ahora está en ruinas y los miserables pobladores no serían capaces de repararlo o aprovecharlo en caso de ataque. Los indios *pehuenches* son mucho menos numerosos que antiguamente y deben estar disminuyendo por la incapacidad del indígena de resistir los vicios o de adoptar las virtudes de la vida civilizada. Han estado largo tiempo en contacto con los españoles, a ambos lados de la cordillera y la mayoría habla castellano, pero por supuesto los salvajes usan solamente la suficiente cantidad de palabras como para transmitir sus estúpidas y limitadas ideas. Los que he visto parecen haber venido sólo a beber y flojear, lo mismo que hacen los *peones* chilenos apenas disponen de unos reales de más. Habitan los valles que quedan entre las cadenas de montañas entre los paralelos 34 y 37, pero principalmente en un gran valle que queda cerca del volcán Antuco. Se mueven dentro de estos límites. Viven en toldos o carpas hasta que se acaba el pasto. Su idioma es el de los araucanos con pequeñas variaciones. Sin embargo, la diferencia entre todas las tribus es suficiente, ya sea en el aspecto o en el vocabulario, como para que se distinguan entre ellos instantáneamente. Yo no sé todavía si los *patagones* y los *fueguinos* pueden entender a los *pehuenches*. Los patagones y los pehuenches tienen que estar en contacto a menudo.

Viernes, 31 de diciembre de 1852.

Habíamos acordado salir a la una. Yo estaba listo, pero el gobernador me vino a decir que él no podría tener los caballos listos hasta mañana, por lo que fue un día perdido para mí. Pasamos con Regnaud, visitando jardines, algunas familias, pero sin mejorar para nada mi opinión sobre ellas. Finalmente me fui a acostar ansioso de irme de este miserable y monótono lugar que parecía más aburrido que Cauquenes. Algunos de los jardines que vimos me parecieron mucho mejor cuidados de lo que yo esperaba y me demostraron que el amor a las flores es universal entre las mujeres.

Sábado, 1 de enero de 1853.

Los Angeles

Empezamos temprano los preparativos para el viaje y salimos alrededor de las siete. Don Erasmo Jofré, don Santiago Regnaud, don Domingo Salvo, mi sirviente, yo y varios ayudantes. No consideré necesario decir demasiado sobre las provisiones o alojamientos que íbamos a encontrar, pues el gobernador era ahora el jefe de la expedición y las pocas alusiones que hice fueron tomadas con ligereza, como si se hubiera hecho cargo de esta parte importante de los preparativos. Pero pronto descubrí que no llevaba nada y que pretendía confiar en su *prestigio*. Como a dos leguas de Los Angeles paramos en la casa de don Camilo Rodríguez y nos dieron un desayuno *de balde* que parecía ser el propósito de don Erasmo. Don Camilo parecía tener inclinación por la historia natural, tenía ñandús y pavos reales y un lago artificial cerca de su casa. Emprendimos el viaje y llegamos luego a la hacienda del general Bulnes, Las Canteras. Paramos en la casa del *mayordomo*, un tal Zapata. José consiguió una mula y un caballo para mí y seguimos a Antuco. El paisaje se puso interesante y el valle o *cajón* del Antuco es de gran extensión, mucho más ancho que el del Aconcagua y con innumerables cascadas que caen de los cerros a ambos lados, alimentando el río Laja que corre por el centro. Me mostraron un lugar donde Bulnes había establecido una colonia de alemanes, pero donde no quedan nada más que las ruinas de los *ranchos*. Sin caminos ni mercados donde vender sus productos, es imposible retener una pequeña colonia de europeos en un lugar tan aislado y lejos de la costa. El único plan posible para colonizar este valle sería una gran cantidad de familias con diferentes ocupaciones y con comunicación fluvial por lo menos hasta el salto del Laja. Cuando llegamos a Antuco al anochecer nos estaban esperando. Como habían escuchado que venía el gobernador, habían preparado una gran comida en una mesa bajo los árboles de una *huerta*. A pesar de que había estado viviendo una vida muy variada desde el 1º de noviembre y que acababa de llegar de Araucanía, la singularidad de la situación en que me encontraba ahora me dejó una impresión que no se va a borrar nunca. En la mesa me pusieron entre dos señoras jóvenes que hablaban mejor castellano que la mayoría de los que conocí en Santiago y Valparaíso, pero que no habían salido nunca del valle y hablaban de sus viajes a Los Angeles lo mismo que en Santiago hablaban de ir a París. Supongo que no suman más de pocos centenares y la guarnición consiste en el capitán Martín Álvarez Araya, un sargento y catorce soldados para impedir incursiones de pehuenches, que tienen sus *toldos* en el valle situado cerca del volcán y entre los cordones paralelos de la cordillera. Las casas están tapadas por grupos de árboles y parrones y por lo que yo pude observar en mi corta estadía, las costumbres de la gente son tan primitivas como en las islas del Pacífico.

Domingo, 2 de enero de 1853.

Salimos alrededor de las dos. Había aumentado nuestro número con el cura Bernales, subdelegado de Antuco y un *capitán de amigos*. A medida que nos acercábamos a los Andes se iba angostando el valle, las caídas de agua eran más numerosas y el paisaje variaba a cada vuelta del camino. Teníamos el volcán a la vista desde hacía varios días, apareciendo como un cono negro que se levantaba entre los otros montes, pero ahora solamente la parte superior era oscura y la parte baja estaba cubierta de nieve. Cuando nos acercamos empezaba a oscurecer y la parte oscura resultó ser lava activa. Al ponerse el sol estábamos cerca del volcán y el lago; el gobernador propuso acampar y que empezáramos nuestro ascenso e investigaciones por la mañana. Matamos una oveja, hicimos fuego y yo instalé mi cama de manera de poder observar el cráter y las explosiones durante la noche. Las manchas negras de la cumbre resultaron ser corrientes de lava y las descargas parecían sucederse a intervalos regulares e incluso se alternaban sistemáticamente con ruidos violentos. El lugar en que nos encontrábamos quedaba entre dos corrientes y se denominaba Chacay. La combinación de montañas, rocas, cascadas y bosques, todo esto en conjunto que tuvimos a la vista ayer, con el volcán dominándolo todo, hacía que el paisaje superara en una forma sublime todo lo que yo había visto previamente.